

Laura Cracco

El ojo del mandril



ediciones
actual

El ojo fue levantado antes de que los dos enemigos se fundieran en el entrañable abrazo de odio. Está a salvo. En la salvación que es su castigo. De nuevo condenado por su hado a rodar de mano en mano, a nunca hallar reposo. Obligado a mirar, aunque a veces la visión le resulta más aterradora que la posibilidad de la muerte con todos sus infiernos, o la infértil nada. Condenado al incesante movimiento, a la caldera de los vivos, al destierro y la maldición de ser cuando no es y de no ser cuando es él. Cuando enceguece para que otros vean, entonces cobra vida. Un ojo en la absoluta soledad no difiere en nada de la piedra. Nació del desgarró: ahí toda su historia. Cada mirada mientras más lo arranca de su origen, más lo acerca a su principio que es también su fin. Él debe vaciarse para ser llenado, desmembrado está finalmente completo.



UNIVERSIDAD DE LOS ANDES
DIRECCIÓN GENERAL DE CULTURA Y EXTENSIÓN



Laura Cracco. Barquisimeto, 1960. Poeta. Especialista en filología clásica. Ganadora de mención en el II Concurso Anual de Poesía del Concejo Municipal, Instituto Municipal de Cultura (1982) con *Detrás de esta quietud*. Ganadora del Premio Municipal de Poesía del Instituto Municipal de la Cultura del municipio Libertador del Estado Mérida (1984) con *Mustia memoria*. Obra poética: *Mustia memoria* (1985); *Diario de una momia* (1989); *Safari club* (1993); *Lenguas viperinas, bocas Chanel* (2009).

El ojo del mandril

Laura Cracco

“Edipo – ¿Ahora, cuando nada soy es cuando soy Hombre?” *Edipo en Colono*, Sófocles.

In memoriam Franklin Brito:
“Sólo quiero justicia”.

El ojo

Ser único lo condena a estar siempre asomado a una ventana, aunque no haya un límite afuera tan estrecho como el cuadrante encerrado dentro del marco que le permite ver; aunque esté al descampado, o mire desde un acantilado frente al que se abre el océano sin trabas o desde el último piso de un rascacielos o en medio de un Sahara. Ser un solo ojo sin cuerpo, un iris rico en colores que abarca desde el azul al naranja, además puede producir en otros el efecto de hilarante tragedia del culo de un mandril. La carcajada que arrastra al llanto o la risa que sucede a las lágrimas cuando se agotaron, el dolor ya no tiene más adónde ir y da paso a la mueca que se reseca en parodia. El ojo, además, carece de amo, pero es poseído, provisionalmente, por distintos dueños que jurarían, cuando ven a través de la pupila, que es todo suyo y que también lo mirado de alguna forma les otorga algo de albedrío o territorio. No hay disputas sobre en quién ni cuándo recaerá, ni turnos establecidos como con aquellas viejas Grayas a quienes Perseo despojó de la única pupila en su busca tras la Gorgona.

El ojo es libre, no pertenece a nadie, no así sus huéspedes ocasionales. Estos no pueden sino sucumbir a la tiránica fascinación del colorido ano que guía a la manada, ver lo que el orificio consiente. El ojo es mudo, nada puede decir, nada puede hacer sino ser un ojo, único, solitario, prisionero del túnel que irremediablemente encierra la visión.

¿Es esto amor?

La mujer que en este momento usa, o es usada, por el ojo mira desde un octavo piso hacia la avenida. Simplemente observa los carros pasar para distraer la desazón. El cuadro se va angostando y alargando hasta concentrarse en una silueta humana que yace en el hombrillo a lo lejos. La pupila se sigue cerrando hasta contener solamente la figura, ahora más nítida, del hombre tirado a un lado de la avenida como un fardo. Si en lugar de la franela amarilla endosara una negra, pensaría que es una bolsa de basura. Los carros continúan pasando y eso la angustia. Ella no puede moverse. Ella se asoma a ratos a ver si algo cambió y, defraudada, se retira. Los autos siguen pasando, uno que otro aminora la marcha, continúa. Alrededor del bulto el césped está lozano y bien cuidado. Autos, motos, camiones pasan. Se retira de la ventana. Sabe que él no va a llamar, como prometió. Él nunca va a llamar y ella está desmembrada, peor aún, quedó convertida en un caparazón vacío que sólo las momentáneas ojeadas por la pupila y la falsa esperanza en la llamada que jamás resucitará el aparato a su lado, rellenan fatuamente, fugazmente. Regresa al ventanal donde está el ojo. Un grupo se arremolina junto al cadáver que ahora no puede ver. Un señor de cabello cano que ocupa todo el túnel de su visión se inclina, después se marcha. Ella retorna a su vigilia frente al teléfono. Dentro de la jaula de su amor, aunque no correspondido, sí, está presa, pero también protegida.

Cuando vuelve a mirar a través del ojo cuyos colores guían a la manada, éste enfoca al señor de pelo cano que ha regresado y extiende una sábana blanca sobre el cuerpo en

el hombrillo. La gente se retira. Sólo permanecen él y dos policías. Luego, el señor se aleja gentilmente. Ella siente que quisiera marcharse con él a donde quiera que se dirija, seguramente a una de las casas aledañas, y conversar con alguien que tuviera oídos y hablar palabras con sentido. Pero el ojo pesa demasiado, lo deja colgado en la ventana. Vuelve a sentarse. Sabe que hizo mal; que no llamó a Emergencias apenas notó el cuerpo confiada en que alguien más lo haría, luego no llamó por vergüenza por no haberlo hecho cuando debió; que esperó que fuera otro a arrojar piadosamente la sábana blanca; que no movió un dedo y ya es tarde; que la llamada que lleva días esperando no sucederá. Sabe que perdió un momento precioso e irrepetible.

—¿Es esto amor?— Pregunta retórica. Conoce la respuesta, la trágica banalidad escondida en la nuez vacía de esa palabra, la perversa inutilidad de la expectativa por algo que, aun si llega, nunca llena la cáscara que solamente existe mientras permanece vacía.

Bancarrota

El hombre camina en círculos como si en su maratón solitario cada pisada lo alejara de la derrota, como si estuviera devorando kilómetros a campo traviesa con la buena noticia de que su patria ganó la guerra, como si volviera a ser un adolescente que persigue el bus donde va su novia que lo acaba de abandonar. En realidad, su maratón obedece a razones absolutamente reales. No logra asimilar el golpe, por eso quizás machaca el suelo para constatar que aún está bajo sus pies. Todos su ahorros, todo su capital en la vida, a los sesenta años, esfumado. Plof. Un plof casi inaudible como el de una pompa de jabón. Pero las deudas no se desvanecieron en el plof, únicamente todo su dinero, toda su esperanza. El ojo que ocupa su frente lo fuerza a hurgar bajo el piso de parquet, abajo está la tierra, húmeda, plagada de lombrices e insectos, y se hunde bajo ella hacia un lugar tan remoto de su pasado que le parece una película hecha por otro, actuada por otro. Él, jovencito, unos diecisiete años en la Facultad de Humanidades. Muy feliz o muy desgraciado, pero con la dicha y el sufrimiento efervescentes de una edad en que todo es futuro, en que uno aún es inmortal. Se recuerda como pintor a ratos, poeta, cinéfilo, ávido de saber, leer, viajar. Pobre de solemnidad. Viviendo de una magra beca y uno que otro giro de sus padres. Orgullosamente pobre, aunque no se consideraba tal, él estaba más allá del dinero, él era un artista. Siente deseos de llorar pero la coraza del ojo, que no es suyo, se lo impide y asimismo se resiste a ser cerrado. Es como una bola de vidrio sin párpados, sin lacrimales. Entonces amaba

y odiaba con todo el corazón, hasta la muerte; entonces la perspectiva de llegar a convertirse algún día en hombre de negocios, usar corbatas, viajar en primera clase o en ejecutiva, le habría resultado peor que la muerte misma. Se enamoraba frenéticamente, hacía el amor frenéticamente: su pene y su corazón eran uno. Amaba con ambos. Por supuesto, creía en el socialismo. Entonces era joven y la realidad era una palabra de arcilla húmeda. Ahora, en cambio, la realidad está hecha de dinero, más exactamente aún de bonos, títulos de valores, acciones, no de lingotes de oro macizos, sólo papeles que simbolizan otros papeles, aquel moneda de los billetes reales, pero que se ha revelado de sopetón hecha de mero papel de ilusión y codicia. ¿De monopolio, toilet o el de las bolsas del supermercado?, no, menos real todavía, de un papel intangible que se acumula y desaparece en los vericuetos de la web. Uno que ni siquiera se quema, simplemente se esfuma y no deja otra estela que la de saberse un viejo pendejo. “Estoy quebrado”, musita, pero no deja de caminar en círculos y de mirar al muchacho que fue y que desde el pasado se debe estar burlando de él. Siente nostalgia, pero no hay vuelta atrás. No tiene cómo volver atrás: ya no es nadie, todo lo que era estaba hecho del mismo papel de ilusión, toda su vida valía en bonos y acciones. Plof. Se quita el ojo de la frente y hace una pausa para arrojarlo por la terraza que da hacia el mar.

Grieta

El ojo brilla sobre la arena envuelto en iridiscencias que van del violeta al naranja. El muchacho acostado en la orilla deja que el mar lo moje. Sólo alza la cabeza si el agua le alcanza el rostro. La resaca de cerveza es espantosa, aunque todavía perduran los efectos del último porro. El ojo sigue al alcance de su mano. Le extraña que ninguna ola se lo haya llevado. Debe pesar mucho. Siente curiosidad, pero le faltan fuerzas para sentarse y tomarlo. También le faltan para hurgarse los bolsillos: los cigarrillos, el encendedor y el repele de yerba deben estar empapados. Las nubes pasan sobre él y eso le produce una oceánica sensación de libertad, de que todo es un viaje. La resaca castiga a su cuerpo, pero él es feliz y libre. El cielo no tiene límites, las nubes no obedecen, no conocen culpa ni reprimendas ni horarios ni disculpas; tampoco él. La revelación de que el cielo es el mismo allí que en Australia le provee la esperanza que lo lleva a incorporarse, vaciarse los bolsillos y mirar desde lo alto el ojo. Aunque no lo escucha en el Ipod, que debió extraviar quién sabe dónde, en su cabeza resuena Pink Floyd. Las nubes también adquieren la penetrante densa suavidad de *I wish you were here* que lo transporta a un lugar sin lugar ni tiempo. A flor de piel, su piel, él, su cuerpo se desperezan como una flor que flota y absorbe toda la bondad y belleza del mundo donde nace todo pétalos, hermosos pétalos. Un cigarrillo ha sobrevivido, el mechero lo frota con un trozo de tela todavía seca en su camisa, surge la llama. El ojo no se ha movido. Luce hermoso, cristalino y rodeado de colores que brillan sin herir. Lo toma para mirarlo de cerca.

No hay nadie en la playa, no hay testigos. Por eso, nadie ve cómo su rostro, que segundos antes irradiaba felicidad, se contrae en el de un anciano que desea gritar, y no puede, en una arruga que borró cualquier facción, en una cicatriz que ha concentrado pulcramente el dolor del mundo en la grieta que se vive para tapar, olvidar, enterrar bien profundo y, si fuera posible, quemar al punto que no dejara ni cenizas. Pero no había nadie y la grieta queda flotando, se extiende hasta abarcar todo el horizonte, hasta engullir las nubes y el azul. La inmensidad del cielo repite quiero morir. El muchacho arroja con todas sus fuerzas el pesado, maldito ojo al mar. Y corre.

Tierna traición

Todos se burlan de él, lo hostigan; pero él, a su corta edad, ya cobró conciencia de que lo hacen porque desconocen la verdad y no pueden ver lo que él sí, y nunca, nunca jamás volverá a cometer el error de intentar complacerlos. A sus siete años, el niño descubrió que hay un mundo de acero allá afuera que puede hacerlo tambalear y probó el sabor podrido de algo que más tarde aprenderá que se llama traición. Su mamá irrumpió un día en la clase a buscarlo. Un imprevisto familiar. Al día siguiente, todos sus compañeros lo acosaban: tu mamá es una vieja. Tu mamá es una abuela. Tu mamá parece una pasa... Él, primero, intentó rebatirlos, explicarles que lucía así porque estaba enferma, porque no dormía bien; luego, cuando cayó en cuenta de que sus tentativas por convencerlos, lejos de aplacarlos, echaban más combustible a la burlas, desistió.

En los días siguientes, observaba a su madre a hurtadillas, procurando que ella no lo notase. Sí, tenía arrugas en la cara, aunque no le parecían tantas, pero el cuello sí que estaba ajado, como papel arrugado, tan arrugado que además parecía reblandecido, como si se hubiera mojado y no se hubiera vuelto a secar del todo. Notó las canas que nunca antes le vio, porque la madre solía teñirlas apenas asomaban.

Pero últimamente su mamá está muy lejana aunque esté presente. Los juegos compartidos, como cuando ella se convierte en la niña y él en el padre, y ella le exige con pataletas y aplausos que le lea un cuento para hacerla dormir, aunque lo corrige cuando se equivoca, igual que

cuando él hace las tareas; como cuando le narra historias de la mitología griega; o cuando le hace cosquillas en los pies para despertarlo y le ordena “cepíllate la cara, lávate los dientes, anúdate la camisa, come la leche, bebe la empanada”, en las mañanas en que se resiste a ir al colegio; perdieron su gracia. Esos y los otros juegos que siempre inventan, con el ratón Pérez que hurta las galletas o el gato de la cajita feliz de Mc Donald’s que repite “me siento vivo”, “me he ablandado”; con la tara negra enemiga que a veces se pega a alguna puerta para recordarles que llegó la hora de dormir; las historias narradas por la nubes que cambian de forma en el cielo; todos los repite ella sin ganas y él los secunda sin olvidar la duda que sus compañeros plantaron.

Algo está roto, ambos lo saben, aunque él no le contó a ella el incidente ni ella dice qué la preocupa.

Falta una semana para el acto. Una semana en que ya él no desea escuchar las historias de Medusa, Ulises, los cíclopes y no hace completas las peticiones al Ángel de la Guarda en voz alta justo antes de dormir. Una se la reserva para él.

A la puerta del colegio, finalmente la pronuncia:

–Mamá, ¿puedes decirles que eres mi abuela?

Por unos minutos la madre luce tan lejana que parece a punto de desaparecer como otra nube cambiante en el cielo.

–Claro, hijito. Hoy jugaremos a que soy la abuela y tú, mi nieto. Los engañaremos a todos. Será divertido burlarnos un rato de esos niños bobos, ¿cierto? –Le alisa el cabello, lo abraza muy fuerte, su mamá ha regresado, él escucha el corazón caliente y sabe que nunca se marchó.

–No, mamá. No quiero ya ese juego. Mejor juguemos a la verdad. Te amo. Eres la mejor mamá del mundo. Eres bella.

Juntos penetran el portón de hierro, con las manos enlazadas en un puño.

Allison

Ha sido tanta la expectación en los últimos días, tantos los preparativos, que cuando arriba al aeropuerto donde él la espera se siente ya marchita, agotada, casi con deseos de que nadie enarbole el cartel con su nombre, probablemente también flores, y sin ser vista, regresar al aeropuerto de partida. El corazón está a punto de estallarle, las manos que sostienen el espejo tiemblan ajenas a su voluntad, pero la imagen que ve reflejada la tranquiliza: es ella, su rostro es el de una mujer de su edad, veintitrés años; no tiene ojeras y aún perduran los efectos de la limpieza profunda y el “baño de seda” que le hizo la cosmetóloga; sus uñas también están impecables; el pelo –aunque odia el secador y los salones de belleza–, reconoce que luce mejor con los reflejos y el secado. Ella es la misma, mejorada, cuya foto él ve todos los días en Facebook. No hay nada que temer. Él también debe ser el mismo; el letrero con su nombre, Allison, redundará entre los otros que sí son necesarios en el aeropuerto: los de hombres de negocios, turistas, etcétera.

Por fin sola, echada sobre la tumbona disfruta dorarse al sol. Aunque los días con Reinaldo han sido placenteros, también muy apasionados, hay detalles que la acosan y sobre los que ella ahora, fuera de los tentáculos de él, que a veces parecen al punto de la asfixia, dulces, sí, zalameros incluso, pero amorosamente mortales; puede repensar a solas, libre. Cuando aceptó su solicitud de amistad, la movieron varias razones: su procedencia caribeña, la posibilidad de tener alguien con quien usar el español,

lengua que adora; pero, sobre todo, el poema que el anexó a la solicitud. Bueno, su físico también la atrajo: era el paquete completo, atractivo y poeta. A partir de entonces, por los últimos cinco meses, todo fue poesía, cine y música. Reinaldo era muy prolífico y, asombrosamente, la calidad de sus escritos no desmejoraba. Los enlaces que publicaba demostraban una gran cultura y un amplio y fino gusto musical. Ella, una simple profesora de lenguas, estaba reticente al principio en ilusionarse con la posibilidad de un romance. Él estaba a años luz de ella. Pero a él no parecía importarle la distancia sideral, más bien la hacía sentir que era ella la princesa; ella, la que le otorgaba un raro privilegio a él. Así le dice: mi princesa. Otro de los rasgos que la atrajeron fue su desinterés por el dinero. Por eso, lo comenzó a llamar *my dreamer*. Ella no tiene el don de la poesía, aunque le gusta leer, y no pudo inventarse algo más original. Ahora, lejos del pulpo, repasa los detalles que la incomodan. En realidad no es que la incomoden, es que desentonan totalmente con Reinaldo, con el hombre de quien apenas se ha separado la última semana, y la hacen dudar de sí misma, de si ha procesado correctamente esas disonancias que tal vez no existan, de si acaso no será una cuestión de su sangre anglosajona. No seas tan cerebral. Déjate inundar, le dijo él. Ahoguémonos de amor.

Parece un prendedor. Es grande, muy brillante. Alarga la mano, lo limpia con la toalla de los restos de arena. Se quita las gafas de sol para descubrir qué es. A través del ojo comienzan a pasar los poemas de Reinaldo, pero con otros rostros, algunos en viejas fotos, nombres desconocidos. Los textos, las caras y los nombres pasan rápido, como si ella mantuviera presionada la tecla de avance en la computadora. Se ve junto a Reinaldo frente a las tiendas en el mall; lo ve mirando con nostalgia infantil, primero una franela, luego un reloj, un jean, un Blackberry, rociando sobre su mano la costosa colonia, y ella, enternecida, pidiendo a las vendedoras que los envuelvan para regalo mientras les alarga su tarjeta de crédito, y lo arrastra a él hacia otro extremo de la tienda para que no se percate. Vuelven a pasar los poemas, los nombres de los autores,

las fotografías recientes o amarillentas. Ellos parecieran querer decirle algo, pero el ojo no le permite escuchar, solamente mirar.

–Hola, princesa.

Allison se levanta. Recibe el beso en la mejilla.

–Toma. Subiré a ducharme. No lo mires hasta que me haya marchado. Es una pequeña sorpresa– dice, casi besándole la oreja, mientras le desliza el ojo que parece un broche en la mano que cierra con las suyas.

Resistiendo la tentación de girarse, Allison camina hacia el hotel. “El poeta es un fingidor”, oye susurrar a una de las fotos que vio pasar a través del vidrio que parecía un prendedor pero era un ojo. “Y le gusta Lacoste”, le responde ella con un guiño.

Desde el ojo, ya a su espalda, otra voz la alcanza:

*El naufragio final contra la noche,
Sin más allá del agua, sino el agua,
Sin otro paraíso ni otro infierno
Que el fugaz epitafio de la espuma
Y la carne que muere en otra carne.*

–Te buscaré y te encontraré, aunque estés muerto, aunque desconozco tu nombre; aunque soy una simple profesora de español– le responde ella.

Mi amor que seguirá cuando me vaya,

Con otra risa y otros ojos,

Como una llama que dio un salto entre dos velas...

El peso del alma

Sí, estoy mortalmente viva. Obesamente viva, aunque mi alma apenas se adivina tras la pingüe grasa, en el gordo cuerpo que llevo a rastras. Sepultada bajo toneladas de manteca, aún vivo. Santa Catarina de Siena no tuvo ese problema, nunca se extravió entre el pantano de grasa y carne, su cuerpo todo era un alma. Un delgado pergamino de piel apenas la separaba de Dios. ¿Cómo es la mía? De seguro no pasa por el ojo de la aguja. Mi alma es voraz, trema de hambre, hinca el diente, sucumbe ante la melaza de unas costillas de cerdo, disfruta el hilo de tibia pringue que corre por las comisuras.

Escucha ya por décima vez *The Rythm Divine*, por Shirley Bassey. Es su himno personal. Es su hambre cantada por otro. “Probaré a echarle ceniza a la comida, como tú, Francisco de Asís”. Pero la ceniza nunca engañó a su lengua. Además, carece del regalo de la fe, quizás en su gula se comió también al dios que una vez, cuando niña, casi la persuadió. ¿Con qué arañarse, si engulló sus uñas y los dedos están en carne viva? Con infinita dificultad se agacha a recoger el envoltorio que descubre vecino a sus hinchados pies. La tarea es ardua, pero años de tozuda maña la enseñaron a batallar con la adiposa coraza. Le lleva un buen rato, mas el colorido envoltorio anticipa un bombón de corazón jugoso. Uno que no entiende cómo se le escapó. Muerde y grita. Se astilló otro diente. El bicho asemeja un ojo de vidrio. Maldice y trata de alzar el brazo para estrellarlo contra la pared. El bicho pesa y produce intensos destellos. Lo examina de cerca. El ojo la traspasa.

Enfoca una muchacha casi raquílica, tan frágil que parece que pudiera romperse como un florero de fino vidrio. La muchacha sentada al sofá observa el espejo de pared; allí, otra mujer, que la mira como si fuera ella la legítima dueña de la mirada, abarca como un paquidermo, sus rollos de gordura casi desbordando el marco, el espejo. Es un duelo feroz de voluntades. Se miran fijamente: una, con los ojos que casi no encuentran carne para agarrarse, como metras a punto de saltar; la otra, con unos ojos sepultados bajo los gruesos párpados que siempre están a punto de cerrarse y recuerdan los de un Buda.

—Gorda vaca.

—Loca anoréxica.

Se contemplan por largo tiempo con miradas que despellejan a la otra. No puedo más. *Yo tampoco*. El llanto brota robusto en la una; en la otra, una lágrima como un diminuto, trabajoso guijarro. *Si sólo pudiéramos caber las dos*, dicen al unísono. *Tengo mucho frío. Te arroparé*. Inexplicablemente, se alza sin ningún esfuerzo, rauda, ligera como se imagina al alma en su fugaz disiparse o en su vuelo hacia el Creador de los creyentes. Da lo mismo. El ojo se le escabulle de la mano, rebota sobre el granito y escapa por la ventana. Da lo mismo. Tiene que protegerla del frío con su mullido cuerpo tibio de gran osa.

Tristeza literaria

Domingo triste, repite el lugar común que da inicio al relato, como si la palabra domingo, *per se*, arrastrara en cada sílaba una melancolía milenaria. Está escribiendo un día domingo, está triste y se pregunta por qué no logra escribir algo alegre, feliz, optimista. Lleva días sin ver a nadie, apenas ha salido a realizar las tareas mínimas que le permiten continuar encerrado, escribiendo. Todos sus días, en cierto modo, son en domingo. Lo invade una rabia sin colmillos ni pezuñas, macilenta, triste. *Tengo que escribir algo distinto, algo que sea en viernes o jueves, algo que respire a pleno pulmón, exactamente lo contrario de lo que soy. Tengo que buscar palabras nuevas, metáforas que no estrangulen, personajes libres de mi propia maldición.* Entonces, sí que sería un escritor. Pero eso es justo lo que su experiencia, talento o naturaleza no le permiten avizorar. No logra imaginarse escribiendo un cuento feliz, los intentos resultan tan pueriles que no llegan a la segunda cuartilla. Sólo se puede escribir sobre lo que se conoce. Él maneja tan bien el arte de la tristeza que apenas tiene que esforzarse para amontonar cuartillas y cuartillas sobre ella, se conoce todos sus trucos de memoria. La felicidad posee una retórica que él ignora por completo, sería una novatada intentarlo. Tendría que empezar a vivir de nuevo, sacrificar todo su oficio, toda una trayectoria.

El ojo pasó con la fugacidad de la luz entre él y la página que escribe. Retrajo todo su brillo, no fuera que el hombre intentara aprisionarlo dentro de su interminable domingo de tristeza literaria.

Rezo a la luna

Sentada en la cocina en penumbra la señora lleva rato contemplando la noche afuera. Un objeto choca contra el vidrio y rebota sobre la maceta sembrada de albahaca. Ella contempla la luna llena que batalla tras un negro e inmenso nubarrón; aun así, se puede percibir su poderosa presencia. Es sólo cuestión de paciencia para que la gruesa sombra pase. Se ha concedido una tregua a solas, trata de no pensar, más bien deja que los pensamientos pasen como nubes delgadas y huidizas por su mente. Pasan momentos de su pasado y se disipan. Se le ocurre que del desenlace del duelo entre la luna y la espesa oscuridad depende lo que acontecerá en Venezuela. Es tonto, pero concentra todo su corazón en la súplica para que la luna se imponga, como lo ha hecho desde siempre, y se apodere definitivamente de la bóveda celeste, de la tierra, del mar, y que su luz espante todo lo malo. Vuelve la imagen que vio esa tarde en el televisor: unas enfermeras de la Maternidad arrastradas por unos policías que parecían acorazados; cascos y botas golpeando a las mujeres de uniformes blancos, esposadas como criminales por exigir sus salarios. Sacude la cabeza, pero no puede ignorar que el puño de la dictadura se cierra día a día más, y ella siente el puño de acero en su pecho. Por curiosidad, y para borrar el mal presagio, se alza a recoger el objeto en la maceta. Milagrosamente, el cristal no fue astillado por el impacto. Lo toma entre sus manos, es bonito, brilla, lo acerca para detallarlo mejor. Las nubes todas se apartan, como si un violento empujón cuya procedencia fuera Dios mismo las hubiera arrancado del cielo. La luna,

una luna sonriente como una madre, generosa, bendita y firme se impone definitiva. Su luz abraza todo, todo. Le da las gracias al pedazo de vidrio que asemeja a un ojo, se sabe pueril al hacerlo, y lo deja caer hacia la calle con la certeza de que no se romperá y de que no va a ocasionar ningún daño a nadie.

La lista

Fatiga de compadecer, sería el modo de acercarse a describir el estado del ojo, si éste pudiera hablar o uno adivinar lo que encierra. Está meramente tirado sobre el piso, no alberga ningún deseo de ser movido o levantado, se ha engullido toda su luz hasta desaparecer; en cierto modo, ha dirigido como un gran estratega su muerte. Nadie puede notar su presencia en la sala. Él, que sólo se llena y cobra existencia si alguien lo toma; él, que sólo es si es otro; se ha cerrado sobre sí mismo en un gris caparazón y ha clausurado la posibilidad de atraer con su halo colorido algún curioso que lo obligue a ser lo que el curioso es. Pero el destino de todo ojo es ver, aunque él busque engañar y ofrecerse como una piedra insignificante, en el lugar equivocado, y merecedor sólo de ser arrojado con la basura; la mano que lo recoge no cede a la apariencia. Quien lo recoge, además, lo hace movido por su propia fatiga. El cansancio de sólo mirar lo que es evidente y de constatar que tanta evidencia lo ha enceguecido; la fatiga por no poder soñar que la vida cambia con una ojeada que hace florecer inéditos brotes de la mustiedad. Sí, quien lo estrella contra el suelo para romper el pétreo caparazón y hace que aflore el iris lleno de color y movimiento, espera por un milagro, uno modesto y doméstico, uno como ver con el corazón, o mirar como el oído del ciego.

El milagro de vencer la fatiga de no sentir, un ojo con que llorar; con el alma que rebosa en la certeza de que aún quedan motivos para el llanto; con un corazón que moja el mundo. Sin demasiadas explicaciones... Porque toda su

vida ha estado llena de explicaciones, montañas de ellas. En efecto, muchas más respuestas que preguntas. Él no es artista, no es un científico, él no es nadie especial. Un profesional, como millones; arquitecto; casado por más de veinte años con la misma mujer con quien sólo comparte las frugales conversaciones durante la cena; hijos a quienes ve poco. A él nunca le fue otorgado el don, o maldición, de preguntar demasiado; sí, en cambio, el de recibir respuestas cuyas respectivas interrogantes desconoce. Quizás por eso se quedó hasta tarde en su oficina, luego de que todos su colegas, asistentes, secretarias se hubieron marchado; sacudido por la revelación de que él nunca fue merecedor de nada en su puta vida, de que su paso por el mundo fue siempre tan automático que más que dar pasos simplemente patinó, se deslizó suavemente, y de que... *Carajo, ya me miento hasta cuando hablo solo*, se increpa.

En realidad, está echado viendo la televisión.

Al principio, tras el despido disfrazado de jubilación prematura, a sus cincuenta años, salía de casa todos los días. Se otorgaba el legítimo derecho a disfrutar su flamante tiempo libre, iba a una panadería, desayunaba, leía el periódico, paseaba por el centro comercial, veía libros que nunca lo atraían lo suficiente para compelerlo a comprarlos, se matriculó en un gimnasio que también abandonó. Luego, empezó a salir con el propósito de buscar empleo en algún estudio de arquitectos, pero sus conocimientos se habían anquilosado tras dos décadas encerrado en una oficina del Ministerio de Obras Públicas, aprobando, más que diseñando, los mamotretos que el organismo ejecutaría y que llegaban a él ya cuadrados entre el contratista y el jefe de turno que recibía el soborno. En los inicios intentó cambiar las cosas, aún soñaba con Lloyd Wright. Tiró la toalla. Sucumbió al gris. El gris cambió a rojo.

Contagiado por el furor general, firmó la solicitud del Revocatorio presidencial. Su esposa, los vecinos entusiasmados asistían a marchas, hablaban en voz alta, todo el mundo hablaba en voz alta, ignorantes del terrible abismo entre el gris y el rojo. Acostumbrados a una

democracia fácil, a gobiernos que duraban los cuatro años constitucionales, a que el griterío podía alterar las fachadas, la mayoría se enfiló hacia el despeñadero; y él, con ellos, y su empleo, con ellos. Pero el rojo está más vecino al negro que el gris y, cuando cayeron en cuenta, ya la firma estaba estampada.

Evoca nítidamente la mañana cuando el nuevo jefe reunió al grupo en su despacho. “Están en la lista. Firmaron”. La lista Tascón. ¡Cuánto poder en una enumeración de nombres, apellidos y los dígitos de las cédulas de identidad! Parecía casi un juego. Pero no fue un juego. Había dos opciones: renuncia o jubilación anticipada. El nuevo director subrayó repetidamente que la oferta era generosa, que él estaba siendo benévolo, que en otros ministerios simplemente despedían a la gente, que no toleraban a nadie contrario al Proceso... Él, de nuevo, siguió a la mayoría: jubilación.

Su esposa aún trabaja, también muchos de los vecinos que firmaron. Ella, en su propia boutique, aquéllos en empresas privadas o como *free-lances*. Alguno convirtió la Van familiar en transporte escolar.

Él apenas sale, permanece horas ante el televisor, ya no lee del periódico más que el sudoku y las páginas deportivas que en su vieja vida jamás le interesaron. Ve respuestas por todos lados, tantas que a veces cree que la cabeza le va a estallar. Cuando tiene algo de fuerzas cocina la cena para su esposa sin esperar ningún elogio, porque no lo habrá; o navega en Internet. Se maravilla con los edificios que se han ido alzando en los Emiratos Árabes, especialmente el Burj Dubai, o en Asia; también, con lo último de Foster, Gehry, Koolhaas, Calatrava... Son tantas maravillas que no puede soportar el dolor en su pecho y apaga la computadora. Recuerda con nostalgia el Parque Central de Caracas, pionero en América Latina, Villanueva, la frase de Ponti sobre la Villa Planchart, “una mariposa posada en la colina”, sus elogios de aquella Caracas que prometía ser el paraíso de los arquitectos. La reacción del italiano ante la detención de Uslar Pietri. *Magnífico. Cuando un gobierno arresta a obispos e intelectuales es porque está caído.*

Ahora, listas, listas. Doce años de listas y ni una sola obra de que enorgullecerse. La gente tampoco vocifera como antes. Ahora solamente se vocifera en la intimidad enrarecida de las casas, en las interminables colas en las avenidas, contra el cajero que tarda más de lo debido. Sólo se vocifera entre débiles; derrotados contra derrotados.

Ponti, arquitecto como él, también se equivocó: cientos de arrestos y nada. Millones de firmas, nada. Él, entre el cuarto donde, echado en la cama, sin afeitarse y en pijamas, mira sólo los canales internacionales, y el pequeño estudio con la computadora cuando no están sus hijos, o la cocina. Nunca se aventura al salón que ha quedado reducido a la desportillada escenografía de tiempos ya idos, cuando hacían fiestas o cenas para los amigos. No soporta ver las hieleras y copas de cristal, las cocteleras, la vajilla, cubiertas de un polvo que todos saben que es inútil sacudir porque ineluctablemente retornará; la hilera de botellas de licores vacías, o con algún resto rancio, que no han tirado por mero horror vacui.

Sí. Todo alrededor, la realidad parece una respuesta contundente y contumaz. Él no alberga preguntas. A veces, está convencido de que no es el único que no las formula y que, tras tantas marchas y vocerío, las interrogantes fueron borradas de la memoria de todos.

Él es hombre, no le está permitido llorar. Convertido en parásito de una pensión, únicamente puede medrar en la realidad de respuestas de la dictadura, porque las dictaduras sólo admiten respuestas, no preguntas. Convertido en una sombra, merodea su casa en puntillas para no molestar ni a sus hijos ni a su esposa, aunque eso es innecesario: hace mucho que él se les hizo invisible.

Por eso, estrelló el ojo. Fascinado contempla el remolino de colores. En su cabeza bulle un edificio más alto y más hermoso que el Burj Dubai. Aunque, en realidad, no le interesa que sea tan alto, lo que surge en su cabeza es un edificio de líneas femeninas, vidrios combados de colores, algo como una mujer preñada recostada a un tronco. Y dentro, gente viva, salones y cocinas en ajetreo, camas usadas para el amor o el descanso y no mortajas donde se

muere de a poco frente al televisor, gritos de alegría, llanto real, motivado, no ahogado en rabia, no transmutado en odio ni en silencio. Una obra absolutamente distinta a la tumba de su propia existencia; una torre que lo haga visible, le devuelva una identidad, un rostro, una presencia en la armazón de hormigón, acero y vidrio habitada por otros; un edificio lo suficiente ancho y sólido para soportar millones de preguntas.

Los vecinos

En el suelo del lavadero, el objeto gira vertiginosamente sobre sí. Emite destellos de colores intensos, es ovalado y, aunque no es grande, cabría en su puño, se siente su poder. Ella tiene miedo de acercársele, no imagina qué es ni cómo llegó a su lavadero. Pudiera ser un juguete, pero el poder que emana le indica que no. Tampoco es un animal. Lo contempla fascinada. Los rayos de colores se detienen y se concentran en una sola dirección; atraviesan la ventana y la obligan a mirar hacia el apartamento vecino cuyas habitaciones son visibles desde ese punto del suyo. Sin perder del todo el brillo, la cosa se detiene. Se le acerca y, luego de descubrir que es un vidrio en forma de ojo, lo recoge. Está tibio, aún pareciera emanar un haz de luz hacia la casa de los odiados vecinos. Ellos son una familia de tres, la pareja y un hijo, el único, adolescente. Parte de la inquina compartida proviene precisamente del muchacho, su naturaleza vandálica que ha desplegado en numerosos actos –como subir al máximo la potencia del equipo de sonido con música de heavy metal en plena madrugada; pintar símbolos demoníacos en paredes y ascensores; jugar a disparar desde el balcón con un rifle, que nadie ha podido verificar si es de verdad, a la gente que entra al edificio; envenenar gatos, etcétera–, y la sordera de sus padres a atender los reclamos del condominio. También está la prepotencia que restriegan por su súbita riqueza y poder: son chavistas y el país les pertenece. Tienen todos los derechos y ningún recato en ejercerlos. El padre ostenta una flamante Hummer; la esposa, una Lexus de lujo, y el muchacho, uno deportivo.

Nadie los quiere en el edificio, pero nadie se atreve más allá de la cautelosa queja formulada bajo el amparo de una carta de la Junta de Condominio, refrendada con una veintena de firmas, pues algunos rehuyen, temerosos, siquiera rubricar la tibia petición. Ellos suben y bajan; entran y salen con todopoderosa impunidad, ajenos a la estela de odio que dejan a su paso.

La señora obedece al ojo y mira hacia uno de los cuartos: el muchacho ignora que está siendo observado a través de la negra persiana corrida. El muchacho está montado sobre una silla y tiene una sogá en la mano, sus ojos fijos en el rifle sobre la cama que entonces ella descubre que sí es real, así como lo es la bala solitaria que él colocó a un lado. Luce indeciso. El ojo concentra toda su luz en la cara: ella cae en cuenta, es casi un niño, muy asustado, muy solo. Los tatuajes, piercings, el cabello erizado como puyas, se descaman abandonando irremediablemente a su suerte a un pobre niño torturado. La pupila ahora la arrastra hacia la sala. La madre con unas amigas toman vino, comen canapés, juegan canasta. En el perchero cuelgan los hermosos bolsos, Vuitton, Carolina Herrera, Gucci, Birkin. ¡Cuánto le gustaría tener ese modelo 2/55!

Con el ojo de vidrio en el puño, para cobrar valor, se da una ojeada al espejo. Ha cambiado la bata por algo más presentable y, asfixiando el resentimiento de años, cruza el pasillo hacia el aborrecido apartamento. Evita pensar qué explicación va a ofrecer. Pero tiene que hacer algo, es sólo un pobre muchachito. Quizás le entregue el ojo, quizás le pida que se asome al cuarto de su hijo; en el peor escenario, quizás la empujará y se abrirá paso hasta el cuarto del muchacho, o gritará, o la abrazará...

Ya no siente odio.

La vejez nos hace invisibles

¿Será que realmente no la ven? ¿O será que se hizo invisible o está muerta pero aún no se entera, y sigue repitiendo las diligencias y rituales de siempre, creyéndose viva, creyéndolos necesarios o importantes, cuando ha mucho que dejó de existir y todos lo saben menos ella? Hay días en que está segura, a pesar de que nadie nota su presencia, de estar viva. Respira, piensa, se mueve, paga cuentas, va al supermercado, come, lava su ropa, se asea, cobra la pensión, recuerda, sí, recuerda mucho, ve la televisión y lee periódicos. Aquí estoy, aunque no me vean, o finjan no hacerlo. Sale confiada, hace sus cosas, pero casi siempre regresa derrotada. A pesar de que la cajera en el supermercado le cobra, pasa sus alimentos por el lector, ella cancela, y la otra toma el dinero, le da el cambio, nunca la mira; aunque siempre trata de utilizar la misma taquilla en el banco, con el joven medio calvo y de rostro rubicundo, éste, quien debería estar obligado a mirarla para asegurarse de que es la legítima titular de la cuenta, lee la planilla con la cifra, la sella, le devuelve la libreta y el dinero con los ojos fijos en algún punto sobre o detrás de ella, como si estuviera tratando con un ciego o un fantasma, como si el dinero que desliza bajo la ventanilla tampoco fuera real.

Lo más terrible, el acto que más parece ratificarle su condición de inexistencia es cuando debe comprar ropa o zapatos. Las dependientas le alargan la prenda de su talla, ella se las prueba, nunca hay nadie vecino al probador a quién preguntar si le sienta o no. Ella sola frente al espejo duda. Duda agónicamente si amerita adquirir el vestido o

la blusa, si la anciana en el espejo necesita en verdad ser vestida, si en verdad está allí. Bien pudiera no llevarse nada, bien pudiera andar en cueros: los muertos, la gente invisible, no necesita ropa. Otra situación igualmente torturadora, cuando le toca cruzar las calles y tiene que esperar a que haya alguien más, alguien visible, para atreverse. Quizás el conductor, si atraviesa sola, teme, igual que el cajero, los dependientes de tiendas, oficinistas, vecinos, tampoco la vea y la arrolle sin percatarse. Continuaría su marcha, apenas incomodado por la vaga sensación de que el auto chocó contra algo que no estaba allí.

De vuelta en casa, recuerda, mucho. Evoca cuando era una joven, bonita, más bien bohemia, un pequeño huracán de ideas, sueños, emociones; después, una mujer atractiva, solía ir elegante, profesional. Entonces era visible, la gente respondía sus demandas, las dependientas eran solícitas, los oficinistas y cajeros la miraban a los ojos sin traspasarla.

Por eso, cuando nota el hermoso objeto, algo como un cuarzo tornasolado o una hermosa bola de cristal de Swarovski, cuyas figuras solía, cuando era aún visible, coleccionar, entiende por qué nadie lo ha notado, aunque refulge sobre el pulido piso de mármol del banco. Conoce lo que es estar en medio de una sala y no ser visto. Lo recoge. Se lo guarda. El objeto le provoca un sentimiento de profunda familiaridad. Al llegar a casa sabe que gozará contemplándolo demoradamente. Siempre ha amado el cristal.

–Se volvió loca. Pobre.

El tráfico se ha detenido, los peatones se detienen, los tenderos y la gente en los edificios aledaños miran por las ventanas: una anciana, alta, erguida como una reina sin corona, completamente desnuda en medio de la calle.

–Me han visto. No soy invisible, gracias– le habla al ojo antes de que alguien la arrastre envuelta en una manta y ella tenga que dejarlo ir.

–Las sirenas sonaron por mí.

Tampoco la muerte es perfecta

Puede contemplarla a sus anchas, escrutarla impúdicamente, beber cada uno de sus rasgos, los mínimos pestaños, algún imperceptible movimiento de la mano que reposa sobre el regazo con el programa suspendido entre sus dedos. Raptada por la música, está inerme, por eso no se percata de su mirada que la envuelve como pegajosas alas de murciélago. Siempre había tenido que observarla a hurtadillas y, cuando sorprendida, fraguar alguna excusa o fingir que en realidad no la miraba a ella, hacerse la distraída. El concierto, que no escucha, pero cuyo embrujo se ha llevado a la amiga dejándola a su merced, para que ella escudriñe a su antojo, sin el temor a ser descubierta; en otras circunstancias, si estuviera sola o en otra compañía, habría captado toda su atención, pero esa noche es un telón negro que le permite mirar con absoluta impunidad.

Siempre la ha admirado, desde que eran niñas. Luego, a lo lejos, océano de por medio, cuando Elisa se casó y se marchó a Europa. Mucho más tarde y más lejos continuó admirándola cuando sus escritos, distantes de aquellos garabatos iniciales que le mostraba cuando comenzó a escribir en la adolescencia compartida y su opinión le importaba, se hicieron libros famosos leídos por otros. Y esta noche, gracias al concierto, le vuelve a pertenecer, a pocos centímetros, aunque sólo sea el escorzo. La admiración, por lo general, esconde un resabio de envidia, pero no en ella, su sentimiento hacia Elisa es una admiración sin puyas.

Lo del concierto fue su idea. Cuando Elisa le anunció que vendría a visitar a la madre por navidades, ella compró los boletos, insegura de si su amiga tendría tiempo para aceptar la invitación. Aceptó, derrotando todos sus pronósticos. Ella se preparó, compró un nuevo vestido negro, el mismo modelo clásico del que debe tener una decena, que acompañaría con las perlas heredadas y el *look* más moderno que le pediría al peluquero, con quien nunca antes se había arriesgado, en el salón de siempre.

Sí. Ella es feliz admirándola. Elisa se deja adorar. Sus vidas han sido muy distintas. Elisa se ha casado varias veces, viajado medio mundo, nunca tuvo hijos. Ella, tres y un marido, un hombre simple, generoso, de lealtad perruna, a quien ella correspondió hasta su muerte tres años antes. Elisa no vino al funeral, no era de esperarse, pero sí la llamó e hizo enviar flores a la funeraria.

Está feliz porque Elisa parece disfrutar el concierto, su concentración es tal que de tocarla sentiría el roce inerte de la piedra. La lejanía de la amiga en el cielo de la música es algo que le pertenece, fue ella quien arregló ese encuentro de Elisa con Brahms. Sabe que adora la música, en sus novelas siempre está presente. En efecto, uno de sus maridos, el último, fue un pianista reconocido. Ella no necesita escuchar, mientras vela a Elisa la música le llega a través de un tamiz de oro. Elisa provoca la sensación de inmovilidad que siempre parece acompañar la belleza, algo imperturbable allá en el fondo, algo fijo e inasible a un tiempo. Y la Elisa que ha reencontrado es más lenta que nunca, sus movimientos son demorados, largos como cuellos de cisne, más que caminar, flota en una estela que permanece hasta mucho después que ella pasó, habla con la economía de las perlas que no se arrojan a cualquiera.

En el intermedio no da signos de querer salir. Ella le pregunta si desea algo, si tiene sed. Elisa alza la mano suavemente.

—Estoy bien, gracias.

—¿Te gusta?

Asiente fugazmente.

Ella no sabe qué decir. Calla y simula leer el programa.

Procura no moverse ni mirarla. Espera. Algo resbala de la mano de Elisa. Ella intenta recogerlo. Luce como una lágrima de la lámpara del teatro.

–No, por favor –susurra Elisa–, *elle marche doucement parce qu'elle sait que sa mort se rapproche*.

A pesar de no hablar francés, con el corazón entiende lo que Elisa trató de decirle. Sabe que nunca más la verá. Por primera vez nota que la lentitud y distancia de su amiga ya no pertenecen a este mundo.

Sabe que la muerte de Elisa le probará con absoluta certeza que no fue el fin de todo; que hay personas cuya vida nunca puede acabar, y que el telón, tras su partida, nunca se cerrará del todo. Siempre habrá una hendidura en el pesado drapeado del terciopelo... Algo, algo se escapa.

El ámbar del miedo

En la trayectoria que lo dispara justo a los pies del dictador abrió un boquete, limpio como un tiro a la frente en el vidrio blindado. La sorpresa los congela a todos menos a éste, que chilla y comienza a temblar haciendo que el uniforme de camuflaje, el que más le gusta endosarse en la intimidad, parezca un montón de hojas secas tiritando por el viento.

–Sáquenlo, llévenselo, casi me mata, debe tener ántrax. Busquen ya a mi médico, que traigan el equipo, la policía militar. ¡Ya!– grita el comandante con el vozarrón que mueve o paraliza a multitudes; su vozarrón de montaña a punto de mortal deslave.

–Alguien va a tener que pagar. ¡Hasta en Miraflores! Una cadena. Convoquen una cadena– la voz le tiembla, mientras se sienta en la silla adornada con el escudo nacional en el que cambió la dirección de la cabeza al caballo blanco.

Uno de los edecanes ya se hace del objeto. Es hermoso, de un marrón líquido vecino al oro y con un minúsculo punto en su interior que los chillidos del presidente no le permiten discernir.

–Es un trozo de ámbar, mi presidente. ¿Desea verlo?

–Sí, maricón, un pedazo de ámbar y rompió un vidrio blindado. Llévatelo. Desaparece. ¡Qué lo analicen! ¡Ya!

El edecán sale. Mientras recorre el pasillo, se detiene momentáneamente bajo una lámpara. El punto capturado dentro de la resina es el ojo de un insecto. Maricón cobarde. Pero él también se ve reflejado; sí, mi presidente;

patria, socialismo o muerte; ve a los cubanos rodeando al presidente; la letanía radiotelevisiva durando ocho o nueve horas. Todo por un ámbar.

No, no un simple ámbar, no la piedra de resina, sino la resina refinada de la cobardía. Toda una nación, *su patria*, encapsulada en la viscosidad fosilizada. Recuerda haber leído que en las inclusiones del ámbar aún se puede descifrar el ADN del insecto atrapado. Se le antoja que en el ADN de todos los que estaban en la habitación, de ser preservado en la resina, que asemeja una retina, los estudiosos hallarían todos los ácidos del miedo y la crueldad que, también se le ocurre, comparte los mismos componentes químicos.

El edecán abandona el palacio presidencial dejando tras él su sombra, la sombra del dictador que él fue. Respira a pleno pulmón, aprieta el precioso ámbar para enseñárselo a su hijo de seis años.

Perogrullada

Sólo la vida sobrevive. Es una perogrullada, lo sabe, pero esa perogrullada es su único asidero. Piensa en Hiroshima y Nagasaki, en los exterminios perfectamente engranados del estalinismo, de la Revolución Cultural, en las cámaras de gas y los hornos del nazismo, las bóvedas en los bancos suizos; en fin, las numerosas variantes en que la muerte se vuelve Estado, abstracto, vacío, por eso más eficiente y desalmado. Piensa en aquella tragedia griega que tanto le gustaba y cuyo nombre habría dado a una hija de haberla tenido, Ifigenia, la muchacha sacrificada como un cordero a los dioses. Piensa en la Puerta sin Retorno en África, en el apartheid. Piensa en el medio siglo de la tiranía en Cuba que ella, instintivamente, asocia con el lobo en la bata de encajes de la abuela. Piensa en los cristianos reflejados en la pupila del león hambriento. Piensa en el horror de la historia que a veces parece avanzar como un tanque conducido por un ciego, aplastando todo amago de vida a su paso.

Piensa en las cucarachas que sobreviven a las radiaciones, los pastos que volvieron a nacer en la tierra calcinada. Piensa en aquellos esqueletos que emergieron vivos de los campos de concentración; en la generación deforme que parió hijos sanos tras la hecatombe; en los esclavos que conquistaron la libertad, a pesar de que esa palabra parecía borrada de sus almas; piensa en Orlando Zapata, en Camagüey, quien, reducido a saco de huesos, murió para matar en él la tiranía; piensa en Franklin Brito, cuya imagen evoca a aquellos esqueletos que apenas podían sostener el alma al salir de Auschwitz, agonizando para no vivir muerto, en Caracas.

Piensa en la vida que se arrastra, escarba agujeros, catacumbas, adventicia reptante, se trepa a los muros como yedra y persiste con la misma tozuda ceguera que la muerte. Piensa en la vida. Escucha música. La ligazón que brota en su pecho, como el cordón que la alimentó primero a ella, luego, a sus hijos dentro de ella, no hay tiranía, apartheid ni circo que la confisque.

Esa es su perogrullada, su fe, su única religión.

La finca les fue expropiada. Treinta hectáreas sembradas de caña de azúcar. Cuando la invadieron, cuando desmantelaron maquinarias y trapiches, cuando la cosecha se pudrió y los cañaverales se convirtieron en palos secos, cuando el trozo de tierra que alimentó y educó a su familia se hizo vientre yermo, lloró, mucho. Luego, cuando se dedicó a hornear tortas para sostenerse, a ella y a su hijo menor que aún estudia, sus lágrimas se unían a la masa.

Ya no llora, pero sigue vendiendo pasteles. Ahora le encargan para bodas y bautizos. No llora, recuerda la perogrullada y continúa.

Su simpleza surgió de un incidente que todavía ignora si fue un sueño, fruto de su imaginación o una distorsión óptica producto de las lágrimas o de las cataratas. Mientras batía la masa, la paleta chocó contra algo duro, lo extrajo, era una metra que nunca supo cómo llegó al tazón. Al agarrarla, el corrientazo la atravesó y la bola de vidrio se animó. ¿Era un ojo?

Desde entonces no lloró más. Supo que sus manos podían aún dar vida, aunque su vientre ya no. Supo que lo que la atravesó no fue la mera corriente eléctrica de los enchufes de la casa, sino la misma corriente que hace que la vida sobreviva. Que le permite aferrarse a su perogrullada. La misma de las multitudes que emergieron, con un hilito de alma, de las catacumbas, las estepas siberianas, las fauces del león, los campos de exterminio, las cenizas radioactivas, las infinitas prisiones del poder; la misma que da vida a la muerte de Orlando Zapata y aún brilla en la mirada agonizante de Franklin Brito tras la punzante alambreada del régimen.

Ni-Ni

La niebla forma una sólida muralla blanca, nada se cuele, nada sale; todo lo iguala en el limbo donde nadie es bueno ni es malo; todos, medio algo, medio nada; todos medrando en la indecisión que los mantiene a salvo; todos amparados en la coartada de no haber visto, oído, sabido nada; a salvo de ser vistos, oídos, sabidos. La densa bruma ha borrado los edificios vecinos, la ciudad, el país todo. La bóveda de niebla borró la realidad. Los llaman los Ni-ni, ni lo uno ni lo otro ni tampoco lo contrario. No existe para ellos infierno ni paraíso, languidecen en la inocencia, se funden en la bruma. También la niebla les impide ver las púas en el horizonte, mitiga los alaridos allá afuera, los de quienes se escuecen bajo el sol impío, respiran los gases, son apresados, baleados y saben que goma es una palabra hueca; los que conocen el poder de una firma que acarrea para quien la estampó toda la ira del Poder; los que se embarcan en huelgas de hambre y agonizan envueltos por el algodón que taponan el cielo, un cielo de hospital. Los desaprensivos que se exponen a los embates de la realidad que la dictadura ordenó prohibir. Los que buscan el nexu primigenio que los liga a su vida y a su muerte propias, sin intermediarios, inermes y libres, a su cuenta y riesgo como aquel homínido que experimentó la sorpresa de descubrirse hombre. *¡A garhi! ¡A garhi!*

Los sepultados en la bruma de la inocencia caminan sin mirar al suelo, que no quieren o no pueden ver, aplastan el ojo, continúan, con pasos breves, su largo y muelle paseo en círculo. Tampoco la hierba que pisan se percata de que fue hollada.

El suicidio del pingüino

A todos nuestros presos políticos, en especial a Franklin Brito.

El pingüino que se aparta de la manada y se interna en la montaña hacia su muerte; Fitzcarrald forzando el barco a navegar una montaña; los locos que abandonan en las autopistas –ya el asilo está copado–, persiguen a los autos, y en quienes uno es incapaz de comprender, con mucho de envidia, qué misteriosa razón les da piernas de gacelas y corazón de león; la multitud hipnotizada en la cadena interminable del hombrecito, con uniforme militar, que le tuvo miedo al trozo de ámbar e hizo temblar el follaje del camuflaje; las almas blancas, los Ni-ni, que no cesan de pisar, una y otra vez, sus propias huellas en círculo, aunque en realidad no dejan huella, solamente de intangible miedo está trazado el círculo; los indolentes, los indiferentes, los cobijados sobre el muelle colchón de plumas de la felicidad que también camina en círculo; los que dicen “piensas demasiado”, como si se tratara de un vestido que se cambia a capricho; los asimilados a la realidad que traicionan su acento materno; los que patinan por la vida sin jamás conocer de baches; los que amanecieron como cucarachas para evitar la ira del dios de los hombres y la cucaracha real cuyo caparazón la salva del hongo radioactivo; los que siempre apuestan al ganador y siempre ganan; los que en una huelga de hambre se vuelven su propio león para privar de cibo al otro león, el de afuera con todas las de ganar, agonizan y mueren con la máxima victoria de

no vencer la incertidumbre de saber si acaso vencieron; a todos los ha visto, pero él retoma la línea recta del solitario pingüino, la carrera sin meta del loco, elige entrar en su propia vida hasta el fondo del fondo, con el estómago vacío y únicamente la incertidumbre que se le abre de par en par. Muere con los ojos abiertos, antes que vivir con los ojos cerrados.

Dictadura

Despertó aterrada del sueño y, ya despierta, no puede salir de él. Se ha duchado. Cocinó a rastras el desayuno para su pequeño hijo. Evitó mirarlo a la cara. Le acompañó hasta que subió al transporte, sin mirar a nadie a la cara. Volvió a su apartamento. El terror no desaparece aunque el sol ya no perdona ningún escondrijo, aunque el machetazo de luz debió restablecer la realidad y extirpar toda ambigüedad. El terror continúa como si ella aún durmiera y el falso despertar, la rutina, el amanecer de la razón formaran parte de la pesadilla; como si no quedara consuelo posible en ningún lugar en el universo todo. El universo todo quedó encerrado en la pesadilla, ¿a quién llamar, si todos comparten el mismo sueño? ¿Dónde el auxilio, sin afuera?

El día está agonizando, la tiniebla avanza, la pesadilla sigue. Sabe que mañana tampoco despertará. El sol que ella vio surgir en la mañana es un astro muerto. ¿Tendrá que acostumbrarse, como afirma la mayoría, a vivir, moverse, pensar y sentir en la oscuridad? ¿Aprender a estar cómoda entre garfios? ¿Entender de una vez por todas que la alambrada forma parte del horizonte y que no existe otro cielo ni otro azul libre de púas? ¿Deberá aceptar su esclavitud con naturalidad, y aprender a ver y verse desde la mirada bíblica del afrikáner o del sureño? Acostumbrarse y acostumbrar a su hijo a no labrar sorpresas; avaramente cuidar un huerto de macilentas hierbas sin olor; a nunca exceder el susurro; a la dictadura de la noche. Aprender que el día no es día, sólo un espejismo de un sol de lata encerrado en el sueño eterno. Acostumbrarse a la costumbre de vivir muerta.

¿Dios todavía es bueno?

La mirada del niño traspasa la falsa serenidad de la madre, penetra más allá de la quebradiza sonrisa.

–Dios todavía es bueno, ¿verdad mamá?

Ella aprieta la cabecita contra su pecho, lo acuna entre los brazos desplegados como amplias alas protectoras. Alas de murciélago. Alas de mamífero. Alas de ángel mamífero.

–Sí, hijo, todavía somos buenos. Él aún es bueno— responde con voz ronca.

No lo mira a la cara. El niño sonríe feliz mientras escucha los latidos de la madre que retumban en su oreja.

–Tienes razón, mamá. Si nosotros somos buenos, Él también tiene que ser bueno. Mucho. Imagínate, ¡con todos los millones de gente buena del planeta!

Esa cosa con plumas

Sabe que su destino es no cansarse, aunque se le doblen las rodillas y muerda el polvo; aunque sólo desee bajar los párpados; aunque ya no pueda erguirse ni saltar; aunque deba hurgar en la nevera y hacer la cena con lo poco, medio podrido, poquísimo, sin aceite ni hierbas, sin harina ni azúcar ni carne; con el estómago pegado al espinazo; con la cabeza gacha; con los hombros entumecidos en el empeño de no dejar caer el no sabe qué, tampoco otros saben qué, que sin saberlo debe sostener; aunque ya no pueda mirar a la cara a nadie. Pero vuelve a oír a Emily Dickinson, se endereza, alza la cabeza, abre los ojos, mira a sus hijos, a su marido. Cocina, pone la mesa, los llama por su nombre y su garganta se llena con las plumas de la esperanza, y los nombres salen de su boca como una canción.

La esperanza es esa cosa con plumas
Que se posa en el alma,
Y canta la canción, sin las palabras,
Y nunca, nunca para...

La maga

Sólo la poesía sobrevive, evoca con nostalgia para luego acusar a bocajarro: He perdido mis poderes, alguna vez fui maga y ahora soy como cualquier vecino. Ya no puedo presentir, veo el muro de las cosas y no puedo sentir las. Me varo ante el mundo sorda a su latido. El tiempo transcurre mecánico, sin milagros, como un viejo que se dedica a contar de uno a un millón y los números lo son todo, sólo cifras que van engordando con ceros mientras engullen el anterior. Todo se redujo a un calendario, sin alma. Miro la montaña a lo lejos, es una estampa. Ella, allá; yo, acá, ignorándonos mutuamente. Alguna vez no fue así, la montaña me arrastraba y yo me dejaba ir. Alguna vez tuve poderes. Perdí el ojo en mi nuca, la viva pupila de los presagios. No, ella no adivinaba lo por venir, no era como la bola de cristal de otros brujos ni las nubes de los griegos ni la baraja del tarot; ella me hacía ver lo que ya estaba, tal y como estaba. Era el ojo a mi espalda, pero sobre todo la copa que recogía el mundo hasta rebosar. A través de él oía la música que late por doquier, miraba como miraba quien me miraba. Sé que no puedo decirlo como es. Ya no, al perderlo mis palabras se convirtieron también en estampas como las montañas a lo lejos: podemos convivir toda una vida ignorándonos. También los hijos que alojé en mi vientre ahora son inalcanzables y gélidos Himalayas, ya no encuentro el sendero, escasea el oxígeno, me tengo que conformar con la foto que muestra lo que no es. Los amores del pasado se entonan con postales de lugares remotos escritos en una lengua desaparecida. La cicatriz en mi nuca

se ha ido cerrando, pero cada día batallo por reabrirla, no quiero llegar a olvidar que alguna vez me hirió la verdad. No cejo en escarbar. Nunca dejaré de abrigar la esperanza en que un nuevo ojo llenará el hueco, mis palabras tendrán sentido y las sosas estampas cobrarán vida, y lo que no puedo decir ya no se robará mis poderes.

Sala de espera

Leyó todas las revistas, panfletos médicos y diarios sobre la mesa. Lleva más de una hora en la sala de espera del dentista. Todos pasaron, no quedan miradas de reojo. Las secretarias cuchichean sin cesar como cigarras atronadoras.

El hueso donde se agarran las raíces de los dientes está mellado. Imagina cuando no haya dónde anclarlos, la boca desdentada, mórbidamente suave. La densidad de la vejez es la misma de los huesos de pollo. La vejez es pura encías. ¿Cuántas horas en salas de espera, filas, atascos? Quizás más de la mitad de la vida se escurre en esa espera necia, como un gotear de aceite tan usado, tan rancio que ni siquiera gotea, empegosta. Se levanta, camina, se sienta. Ella ignora a las cigarras, las cigarras la ignoran. ¿Cómo se le exprime jugo a esas horas grises? Esas largas horas cuando no se está donde se está. Siempre el afán de exprimirle jugo a las cosas, se amonesta.

Se acerca a la inmensa pecera donde un pez solitario, chato, grande y con rayas amarillas no cesa de moverse. Ella arrastra las puntas de los dedos contra el vidrio, el pez los sigue, pareciera saber que ella no es amenaza, que sólo busca distracción, y él también la necesita, aunque en la pecera hay numerosos artilugios, algas, corales, un galeón con un cañón, rocas, todos de plástico. Una de las secretarias le dirige una mirada reprobadora. Abandona el pez a su suerte en su paraíso de plástico. Regresa a su asiento.

A su lado, en el sofá, alguien olvidó algo. Se coloca los lentes. Debe ser de una de la gran variedad de piedras semipreciosas que existen. Quizás un ópalo. Contiene todo un mundo en miniatura, un bosque, agua, una franja de cielo. Seguramente perteneció a un dije y se desprendió del engarce. Piensa en entregarlo a una de las secretarias, pero ellas continúan en su cháchara. Una, Teresa, calza unos zapatos viejos, un pantalón de poliéster gastado y a punto de descoserse bajo la bata del impecable uniforme cuyas solapas, con el logotipo de la clínica, es lo único que los pacientes ven desde fuera del mostrador. La paga es mala y tiene hijos. Le vienen ganas de hablarle, pero la mueca falsamente despectiva, el parloteo incesante y la muralla del mueble se lo impiden. Se dedica a examinar el ópalo que tiene la forma almendrada de un ojo. Ahora no le importa tanto cuánto más tardará la paciente que está dentro, no le importa si esa hora se prolonga, ya no tiene prisa, cada minuto cuenta. Al fin y al cabo, ¿de qué está hecha ella si no de tiempo? ¿De qué está hecho el tiempo si no de ella?

La invade la sensación de expandirse, lentamente como un caracol. Se arrellana en el sofá, su mente en blanco aloja y deja ir al pez cautivo, a las secretarias mal pagadas que por un rato ocupan el centro del escenario, prueban una migaja de protagonismo y lo saborean. Cae en un estado de casi duermevela, pero con todos los sentidos alerta. Se está bien así.

—Ya es su turno, señora. El doctor la espera.

Guarda la piedra junto a su seno, toma el bolso, se alza sin premura, mira largamente al pez. Mientras lo mira le parece palpar su cuerpo escurridizo, húmedo, resbaladizo entre las manos, inatrapable y palpitante aunque confinado en la pecera. Siente el poderoso latido de la vida en el chato cuerpecillo que hace vibrar el vidrio aunque la gente pase de lado sin notarlo. Sigue a la asistente.

Apartheid

Apenas entra a la casa sus ojos recorren el zaguán, las marcas de dedos sucios continúan estampados en las paredes. Soy una buena persona, tolerante, no maltrato a la servidumbre, siempre he sido más bien de izquierda, pertenezco a Amnistía Internacional, soy generosa ¿por qué entonces? Antes de salir, le repitió a Albertina la misma vieja solicitud: “por favor, limpia las paredes”. Ella odia las marcas de dedos sucios, la hacen pensar instintivamente en ratas inmensas y le quitan las ganas de comer. Quizás es su manía personal, pero esas huellas de mugre la hacen desear, a pesar del cansancio, girarse y salir huyendo. Llama a Albertina sin moverse.

—¿Qué le ocurre, señora?

Ella señala las marcas inmundas.

—Te pedí que las limpiaras.

—Esta mañana las fregué. Yo no veo nada. Está limpio.

—Tráeme la esponja— le pide con la voz temblorosa por el esfuerzo para no gritar.

Albertina regresa con la esponja, detergente y un balde. Ella friega la mugre, retira la espuma marrón con agua y seca el pedazo de muro. La franja, de un blanco impoluto, contrasta con el resto.

—¿Notas la diferencia? Ahora sí está limpio— pregunta señalando primero la franja limpia y luego el pedazo contiguo.

—¡Pero si está igual, señora! Yo no veo nada.

El rayo la hace callar cuando está a punto de ripostar, ¿Estás ciega? Ve a Albertina en su casa, las paredes de

adobes sin frisar, el piso de cemento. La gran habitación que es salón, cocina y dormitorio, la cortina floreada que divide el baño. Entiende que nunca verán lo mismo. Ambas están ciegas, cada una a su manera. Comprende que ella no es ni tan tolerante ni tan buena. Cae en cuenta de su apartheid doméstico, de que ella privó de alma a Albertina y en eso se fue mucho de la suya, de la abisal trinchera que las separa y para la que no vislumbra amnistía. “Son sólo unos dedos de polvo”, se dice sin convicción.

Francis Bacon

“Soy profundamente optimista sobre nada”. El eco de Francis Bacon, su rostro de querubín, la voz que parece arrastrarse y lamer cada rincón de la realidad que para él no es más que “carne y sangre”, llena su cabeza de imágenes: bocas húmedas, abiertas como heridas que esconden una verdad que jamás revelarán, gritos que parecen viajar hacia adentro. Pero Bacon, al menos en sus entrevistas, no admite los secretos, no acepta que le pongan palabras ni historias a sus cuadros. Cada vez que un crítico o un periodista lo arrincona, Bacon se escurre con caballerosidad: la jeringa es porque quería un objeto punzante en la pintura; la idea de los trípticos, de películas; de las crucifixiones, la disposición en el espacio; de las parejas de amantes, no hay conversación, es el momento en que la gente habla menos; de la animalidad en las figuras, ¿acaso no los somos?; del dolor, casi toda realidad es dolor; no es expresionista, es solamente un pintor, ve, recrea lo visto, no oculta verdades. Así, sin énfasis, el caballeroso Bacon elude las cornadas de los periodistas.

¿Está la verdad hecha de palabras? ¿No será precisamente eso el error? ¿Por qué es tan difícil imaginar la verdad como una imagen privada de toda conversación?

Recorre cada una de las salas, se planta y examina detenidamente cada cuadro. Las bocas no sueltan palabra. Y ella necesita desesperadamente oírlas. Bacon murió, ya nunca podrá saber.

El ojo del mandril la mira desde un cuadro. Ella no lo ve. Puede desgañitarse página tras página, hacer chocar las palabras para que brote el chispazo, nada se compara

a ninguno de los cuadros, el grito en las bocas huye hacia adentro en la pintura. Bacon murió, ya nunca podrá saber.

El ojo del mandril mira desde un cuadro. Las bocas se tragan sus gritos. El horror viaja hacia adentro, no hacia afuera, como en el cuadro de Munch.

Sin embargo, se marcha del museo con el corazón lleno de una rara felicidad.

—Aunque lo negaste en aquella entrevista, sí mejoraste la vida, Francis Bacon, aunque no te entienda.

El ojo 2

Hace días que está tirado sobre el suelo, los zapatos pasan a su lado, lo rodean, a veces casi lo aplastan, pero nadie lo nota. Nadie nunca mira hacia abajo en un museo, a menos que haya esculturas. En la sala no hay esculturas, sólo cuadros. Ha perdido mucho de su brillo, apenas el turbio amarillo con algunos destellos marrones lo colorea. Bien pudiera confundirse con una veta del piso. El ojo agoniza: un ojo que no ve es un accidente mineral en el paisaje; no sufre, pero tampoco ama. Sabe que lucha contra reloj; si alguien no lo toma, se fundirá irremediamente hasta hacerse una mancha más del mármol. Extraña el momento en que llegó a sentir la fatiga de sentir; ahora que no siente, que no sufre y tampoco ríe, reconoce la equivocación: la comodidad es la peor razón para morir.

El paso de la laguna Estigia

Al recogerlo siente con sorpresa la humedad en la palma de su mano. Son unas pocas gotas, pero no es usual que una piedra o un vidrio llore. Sabe que suena absurdo, pero no alberga ninguna duda de que el líquido, aun sin probarlo, tiene el sabor del llanto. No es mera agua. Lo coloca bajo la luz: es un ojo, con el cristalino turbio como el de un anciano. Le inspira piedad. Poco a poco el ojo va cobrando vigor, recupera el brillo y el color, la costra lechosa que lo empañaba se desvanece. Ahora pudiera ser el de un niño. Un niño al que un largo desamparo envejeció precozmente.

Afuera hay frío, viento helado, aunque es marzo. Ya terminó la jornada. El museo cerró. Él recorre el área que le corresponde sin mucha prisa. El frío afuera, el viento que traspasa los huesos. El ojo lo obliga a detenerse ante un cuadro, uno de los cientos que cada día ve sin mirar. Lee en la placa el nombre del pintor, Joachim Patinir, y de la obra. Mira primero la barca al centro, el viejo que rema y la otra figura, mucho más pequeña, ¿hombre, mujer, niño, anciano? No está claro, luce escuálida y el brazo oculta el sexo. Alrededor de la barca la corriente, las salpicaduras del agua contra el bote son muy nítidas, llegan hasta el borde del cuadro. ¿Qué dirección tomará la barca?

A la izquierda, para él, no para la pareja en medio de la corriente, hay un paisaje que arranca desde la rocosa orilla, contra la que también rebota el agua y despidе gotas que parecen reales, hasta un firmamento azul que termina en blanco. Entre el canto rocoso y la última franja del cielo

níveo al fondo, hay bosques y prados intensamente verdes, árboles cargados de frutos, quizás manzanos, lirios, flores silvestres, arroyos donde nadan cisnes, también pavos reales o faisanes, pájaros, venados, caballos. Luego, en el intermedio azul, entre el verde y el blanco, algo como una ciudad hecha de cristal, como oscilando entre agua y aire. En la parte verde él está a sus anchas, aunque los árboles y animales son otros, le recuerda el campo donde creció. Como campesino sabe que la flora y fauna varían, pero el hombre que cultiva y mora en esos campos en el fondo es el mismo allá, en Colombia, y aquí en Europa.

A su derecha, en el otro margen separado por el río, el paisaje al principio del cuadro es similar: el verde campo lleno de vida. Luego, comienza el marrón, con la entrada custodiada por un perro de tres cabezas, y detrás, entre el marrón y el negro, pantanos en lugar de arroyos, figuras torturadas, ni rastro de vegetación ni animales, incendios, chispas de fuego, tierra calcinada. Del cielo devorado por el denso humo, apenas subsisten vestigios de nubes de un blanco sucio que estrangulan el horizonte.

Él está en la barca, solo y sin remos, no muy seguro de poder dirigir el curso. En el cuadro, la barca está más cerca de la orilla llena de vida, pero la proa indica que se dirige hacia la tierra calcinada.

Afuera, el frío al que nunca se acostumbra. El frío que arranca la carne a dentelladas.

Dentro de la pintura aparece otra muy parecida, con una escena del bautismo de Cristo en primer plano. A un costado, un grupo de gente sobre el trozo de pasto verde celebra, lucen alegres. A continuación, se extiende la tierra azul, semejante a la ciudad de cristal del primer cuadro, que él presume debe ser helada, y sobre ésta, presidiéndolo todo, emerge Dios y abarca con un gesto las distintas escenas como diciendo: “Éste es mi hijo”; pero sobre todo, “ésta es la tierra, vuestra tierra”. Ve varios cuadros dentro del primer cuadro, y en todos percibe su misma nostalgia por la tierra, los ríos, el cielo, los campos con árboles y animales. Sus pies casi sienten el barro bajo la gruesa suela de los zapatos. Huele la tierra mojada. En todos, la mirada topa al final con el gélido mundo celestial.

El frío, allá afuera, de nuevo le recuerda que es extranjero. Se cubre con chamarra y bufanda. Sale al frío. El ojo en su puño está caliente. No siente tanto frío ni se siente tan extranjero. El ojo lo ayuda a llorar. Hace mucho que lo necesitaba, descubre. También, que nunca se es demasiado viejo para llorar y que el llanto, como la lluvia, convierte la azul gelidez celestial en prados rebosantes de vida.

Guachupina

No. El alma no tiene nacionalidad. *iHostia!* El alma es una página en blanco. Un pasaporte cuyos sellos una misma va decidiendo. Malditos guachupinos, lo que les faltaba era los ponchos.

— ¡Qué cabreada que estoy!

— Deja el follón, mujer, no es para tanto— Javier mira las tapas sobre la mesa y le vienen ganas de tomar un bocadillo de gambas con mayonesa y zampárselo en la boca a ver si de una vez se calla. Ya le contó cómo en el metro unos sudacas, una pareja con un niño, le preguntó algo, y al ella responderles, la tomaron por una de los suyos; como les contestó que ella era bien española, toda una ciudadana europea, y que por qué no se devolvían a su país; que ya tenían bastante paro; que estaban hartos de tantos africanos, rumanos y guachupinos. Etcétera. Mira el reloj. La perorata prolonga la comida y él no tiene demasiado tiempo. Prometió a su esposa llevarla al teatro. Tiene el tiempo justo para unas tapas y una follada en su despacho a la vuelta de la esquina. Sobre el escritorio, como le gusta, sin ni siquiera quitarle las bragas, sólo apartárselas un poco, y penetrar hasta el fondo su pene mientras la imagina desnuda en una cascada, la melena negra empapada, él, tapándole la boca para que no chille... Hundir hasta el fondo su polla en ella, en los guachupinos del metro, en el culo del mundo.

Pero ella no calla, el tiempo se agota, y él sí que se está cabreando de verdad.

— ¿No vas a comer? Olvídate de los malditos sudacas. Si no tienes apetito, nos vamos. ¿Vale?

El camarero trae el cambio. Él se marcha solo. Carmen camina en dirección contraria, apenas puede contener las lágrimas. Tropezó a un señor de traje y corbata y se disculpa.

—Vuélvete a tu jungla— es la respuesta que encuentra su disculpa. El llanto que ha venido conteniendo por la incomprensión de Javier en el restaurante, brota como un chorro.

El niño que la ve llorar, le entrega la bonita metra que encontró en la calle. Carmen la toma sin reparar mucho en el niño. Mira en el vidrio y ve a Javier masturbándose en el despacho, se contempla como él la ve mientras imagina que se la está follando: su pelo aún negro, aunque ella lo tiñó de castaño con reflejos dorados; largo, aunque lo cortó, iy adornado con una balaca! De pronto, se le ocurre que bien pudiera ser una guacamaya. Una guacamaya solitaria en todo el cielo de Madrid. De repente, se le ocurre que está completamente sola, ingrima, extranjera y, ¿por qué no decirlo?, guachupina en la inmensidad de Madrid.

Furiosa, estrella el trozo de vidrio contra el pavimento. No seas gilipollas, se dice con dureza, recompone su cuerpo y su cara hasta que todo calza perfectamente en la primera página del pasaporte de la Unión Europea. *El alma es un formulario en blanco que uno decide cómo rellenar*, grita en la soledad inmensa de su cerebro. Y espanta la imagen de Javier en su despacho, la respuesta del viejo a quien tropezó, pero sobre todo, la triste mirada de su madre que la acosa atravesando el Atlántico. Su pobre mirada de india triste.

Exhumación

El ojo no quiere ver, pero es forzado a mirar; la gente no quiere asistir, pero está obligada a hacerlo. La dictadura, que tanto prohíbe saber, se impone, y todos debemos asistir por fuerza al espectáculo. Ojos esclavos. Exhuman el cadáver. Uno que creyó que el acto de mantener los ojos abiertos era una pequeña victoria y que la retina guardaría intacto el recuerdo de la libertad, ahora desea apretarlos, que no penetre la humillación de los huesos. Incluso el vidrio llora cuando abren el sarcófago; luego, el ataúd de plomo, hasta exponer el esqueleto que alguna vez sostuvo un alma. Arrancaron todos los velos, la piadosa sábana blanca fue retirada. La verdad se revela brutal, descarnada. La verdad sólo tiene un lugar: la morgue; el conocimiento, un recurso: la autopsia; el saber, una manera: la violencia. Hay que destripar los vientres, exponer los huesos, demostrar que historia, mitos y leyendas se pudren, aun dentro del plomo, aun en la memoria. El misterio quedó prohibido.

La libertad no es sino una calavera hueca, cráneo y huesos, muy pronto polvo.

El ojo logra zafarse, sabe que de tanto ver también sobreviene la ceguera.

—¿Qué le responderé a mi hijo cuando pregunte qué es la libertad? ¿Quién fue Bolívar?— se pregunta el edecán que no le tuvo miedo al ámbar, ahora dado de baja, frente al televisor.

¡Qué no quiero verla!

... *¡No me digáis que la vea!*

No quiero sentir el chorro
cada vez con menos fuerza;
ese chorro que ilumina
los tendidos y se vuelca
sobre la pana y el cuero
de muchedumbre sedienta.

¡Quién me grita que me asome!

¡No me digáis que la vea!... *¡Qué no quiero verla!*

Que no hay cáliz que la contenga,
que no hay golondrinas que se la beban,
no hay escarcha de luz que la enfríe,
no hay canto ni diluvio de azucenas,
no hay cristal que la cubra de plata.
No.

¡Yo no quiero verla!

La madre arrastra los versos de Lorca para arropar con ellos los huesos. No, que sus hijos no los vean; que el viento no se lleve los algodones; que la muerte no ponga huevos en sus ojos; que no alcance la gangrena a la memoria; que las esquinas continúen mudas; que llegue pronto una noche ciega sin luna, para que no puedan ver; que el prócer no le expolie al hombre su derecho a la oscuridad y al silencio; que no se le robe a Bolívar la intimidad con su muerte. ¡Cúbralo!, que no lo queremos ver.

El general que leía poemas

Si se rompió no era cristal, si se cagó de miedo no era un militar, piensa el general ya retirado, con todo el tiempo para sólo eso, pensar. Desprovisto ya del uniforme, descubre una desnudez peor que la desnudez de no llevar vestido bajo un sol que ampolla o un frío que necrosa la carne; descubre la desnudez del que en una ráfaga debe comenzar de cero, de menos aún que cero, porque el cero no admite crimen, el cero otorga el consuelo del olvido, el cero lava el alma. En el limbo de su celda, odiado por los unos y por los otros, repudiado por los dos bandos, traidor para ambos, expatriado entre los muros, piensa y lee a sabiendas de que lo pensado y lo leído nunca podrán borrar el reflejo en el trozo de ámbar que hizo tiritar al presidente, huir al edecán y a él, verse hermanado con aquél en una misma ojeada; en la inclusión que todavía preserva el ADN de la crueldad y la cobardía. No, Raúl ya no puede comenzar de cero, solamente pensar y recordar, reposar dentro de la celda y auto-engañarse con los versos de otro:

Fíjate:

Huérfanas de melodía y de concepto,

Ellas se refugiaron en la noche, las palabras.

Todavía húmedas e impregnadas de sueño,

Ruedan en un río difícil y se transforman en desprecio.

En el laberinto de la memoria encuentra al hombre que ahora es, pero nadie más lo puede ver. Su tragedia, reflexiona, no haber sido cuando debió y ser ahora que a nadie importa. No es un simple hampón, pero tampoco un preso político, nadie lo llora, nadie recoge la historia que él

podría contar. No tiene dolientes. No tiene oyentes. Vuelve a intentar: *Penetra sordamente en el reino de las palabras.*

Perdí el derecho a la historia, ¿cómo describir lo que es el cero?, habla solo. Habla mucho solo. Recuerda haber leído que en la retina del muerto queda grabada la última imagen que vio. ¿Cuál quedará en la suya? Quizás la litografía colgada en la pared de Miranda en la Carraca, o los huesos obsesivos de Bolívar, o el odio en la mirada de los otros prisioneros políticos, quienes, a pesar de que comparten el mismo destino, lo desprecian y lo hacen padecer su doble cautiverio: culpable, como es, de haber pretendido la inocencia cuando ésta no era sino otra forma del crimen. La encrucijada donde él tuvo que elegir únicamente ofrecía dos falsos senderos hacia el mismo infierno.

No dramatices, no invoques,

No indagues, no pierdas tiempo en mentir.

No te aborrezcas.

No, en su retina no encontrarán nada. Aunque, si alguien le preguntara, diría que querría que su retina guardara el poema de Carlos Drummond de Andrade que está leyendo:

No hagas versos sobre acontecimientos.

No hay creación ni muerte frente a la poesía.

Ante ella, la vida es un sol estático,

No calienta ni ilumina.

Pero él no tiene oyentes a quien ofrecer los versos grabados en la última mirada. Pero el ojo que le reveló el poema, con la esperanza de forzarle a descubrir la farsa, borra los versos y se cierra en una hermética hoja de obsidiana.

o en la retina. o.

El ojo 3

La verdadera libertad es el azar. Únicamente en el caos previo a la ley existe la plena libertad, sólo que entonces no lo sabemos y no es hasta que el caos retrocede cuando perdemos la inocencia y somos exiliados de su tibio seno hacia el desgarrador ostracismo, a nuestra propia cuenta y riesgo, que conocemos el significado de la palabra perdida. Cuando dejamos de ser libres es cuando caemos en cuenta de que alguna vez lo fuimos. El vacío es invadido por el orden creciente que lo obliga a orillarse y desvanecerse en una franja cada vez más delgada, la libertad flota como un fantasma en los remotísimos confines del universo. Empezamos a ser como individuos al mismo tiempo que las leyes que nos limitan. Empezamos a ser cuando podemos tocar los barrotes del tiempo, cuando reconocemos la precariedad de estar en un brevísimo lugar.

El ojo no es cuando vaga libre, ignorado por los que pasan a su lado o lo ven sin reparar en él y no se toman la molestia de alzarlo. Cuando una mano lo agarra y ya no lo deja ir; cuando debe aceptar la ley del otro; cuando se llena de ese otro; sólo entonces él es, saturado de los brillantes colores que no le pertenecen.

Realidad total

Al momento de estrellarse contra el concreto sucedió lo impredecible, lo que nunca nadie imaginó que fuera posible. En lugar de rebotar, el choque hizo saltar miles de miles de otros ojos que llovieron sobre la ciudad, cada uno con las mismas propiedades e idéntico poder, tanto que ya no sería posible precisar cuál fue el origen, cuál de las innumerables astillas fue primero. A todos los habitantes les tocó en suerte un pedazo, ya no pedazo, sino origen él también, y cada habitante podía calar en los otros, leer hasta el más recóndito pensamiento o intención. Cada uno se empapó del otro al punto de que lo visto era ya reflejo de sí mismo. El misterio no tenía lugar, tampoco la jerarquía, afinidades, autoridad ni las disensiones. La ciudad se hizo gris de tanto ojo mirando. Ya no había nada por descubrir ni conocer, todo era evidente, verdad total, sin velos ni sombras.

La ciudad se hizo de piedra, los moradores parecían igualmente hechos de piedra. También se extinguió la lucha, junto con el odio y el amor. Todos los ojos adquirieron el tono mortecino de los ancianos, los colores relampagueantes del mandril se apagaron. Los habitantes creían que finalmente serían felices, sin diferencias, ni ricos ni pobres, ni mejores ni peores, ni más ni menos inteligentes, bondadosos ni malvados: todos iguales, verdad total. No requerían de electricidad, la realidad era total. Las palabras que antaño describían colores cayeron en desuso.

Alguno leyó un cuento viejo, de aquellos libros que ya nadie leía, y se topó con la palabra “azul”, luego “verde”.

¿Qué es azul? ¿Qué significa verde? A medida que leía y tropezaba con nuevos colores su retina se fue llenando. El iris comenzó a emitir destellos del color leído, cada vez más parecido a aquel ojo antes de estrellarse contra el concreto, lleno de palabras y matices: marrón, pardo, turquesa, índigo, esmeralda, blanco, ocre, amarillo, gris, magenta, canario, escarlata, naranja, oscuro, plata, limón, níveo, azabache, rosa, añil, claro, azafrán, glauco, bermellón, oro, celeste, cobalto, ultramar, púrpura, violeta, cinabrio, siena, arena...

Entonces tomó la decisión de echarse a la calle, rodar, abandonarse al destino que otros le impusieran, dejar de ir muriendo en el mundo de piedra gris en el que todos se creían felices, igualados en el gris. “Al verme tendrán por fuerza que reflejar la caldera en mi retina”.

Chichiriviche

“Belleza sublime, basura y mierda”, le viene a la mente. Ha transcurrido más de una década desde la última vez que visitó su país natal. Su familia, para complacerla, decidió obsequiarla con un viaje a la plenitud de su niñez: a Chichiriviche. Aquel pueblo de la costa donde veraneaban todos los años en la rústica casa a la orilla del mar. La casa fue arrastrada durante la inundación que quedó registrada como la “tragedia de Vargas” y que vomitó cadáveres, muebles, escombros en estas costas a kilómetros de distancia. El mar agigantado tras haberse engullido la mitad de aquel estado, cientos de familias y sus pertenencias, dio el coletazo final castigando otras costas que se creían a salvo.

“Tengo que huir antes de que la bola de barro me alcance”.

Están alojados en un Resort a poca distancia de donde alguna vez estuvo el epicentro de su infancia. Un inmenso complejo con decenas de piscinas, jacuzzis, restaurantes, bares, palmeras, jardines bien cuidados, plantado en medio de calles todavía de tierra, como en aquella época en que las vacaciones escolares los traían a lo que para ella entonces era el Paraíso. Sólo que ahora esas calles están empantanadas y rodeadas de basura a medio quemar. El olor a cloaca persiste a pesar de la brisa con sabor a salitre. Lo que debió ser un viaje dulzón a la nostalgia, se le ha agriado en un tránsito por un lugar más cercano a una suerte de infierno enclavado entre la indolencia y la ceguera. Se ha preguntado si sus hermanos, mujeres,

sobrinos ven y huelen lo mismo que ella. Lucen a sus anchas entre los altos muros del hotel, Isla del Sol, que, como su nombre lo indica, es una isla con visos de orden arrancado al entorno pestilente y miserable. Una isla que ella intuye en algún momento se hundirá como el resto del pueblo, como el islote, Cayo Pelón, el preferido en su niñez, ahora sumergido bajo el agua.

Las excursiones en bote a los cayos han sido lo único que la ha hecho revivir el viejo amor hacia ese trozo de su país y de su infancia. Al final de la tarde también ha acudido religiosamente a presenciar, aunque de los miradores restan los caparachos socavados por los mangles, el espectáculo de las garzas, flamencos y corocoras que regresan a pernoctar en las salinas del Cuare. Momentos, cuadros, que laten en su corazón con mayor intensidad por estar arrancados de cuajo del entorno de basura y mierda. Lo que les otorga el contraste de donde emergen imbuidos de una belleza que corta la respiración, una belleza de duelo a muerte. Una belleza desraizada violentamente de la sordidez.

Al terminar la cena, sus sobrinas insisten en que las acompañe a pasear por el malecón donde los artesanos venden sus abalorios mezclados con los ventorrillos de comida, el aire viciado con tufo a cerveza, mimos, devoradores de fuego, malabaristas y las mil músicas distintas que escupen los altoparlantes. Intentando escapar de la plaga, las deja y se encamina sola hacia el pequeño muelle. A un lado, hay un iconostasio bien cuidado que aloja una imagen de la Virgen del Valle iluminada con velas y rodeada de flores plásticas. Se sienta al fondo del muelle. El ruido del mar amortigua el bullicio a su espalda. Vuelve a sentir los destellos de Chichiriviche en su memoria. Allí está a salvo.

Ya de vuelta hacia el auto donde la esperan las sobrinas, camina pegada al rompeolas. Otro iconostasio capta su atención. Luce abandonado. Al acercarse descubre que alberga dos nichos. El de la izquierda está vacío y desprotegido. El otro conserva la reja pero está oscuro. Se asoma a examinar las imágenes. La visión le asesta un hachazo: una de las figuras recuerda a una virgen, aunque

no sabría precisar cuál; la otra, pegada a la primera, le huela la sangre: es un mandinga, un hombrecito negro con cara endemoniada, sonrisa maligna y, ella no la ve, pero sabe que está ahí oculta, una larga cola como una serpiente. El pavor la paraliza, inútilmente trata de descifrar el sentido de las imágenes dentro del nicho, no encuentra palabras, no se le ocurre ninguna idea que la salve del terror. No es María Lionza con el negro Felipe. No. Es una virgen abrazada por un mandinga. Siente el abismo entre ella y ese país, el suyo, que se le hizo atterradoramente desconocido. La amenaza recién descubierta y que ya para siempre la acompañará, sin que ella pueda atisbar ninguna interpretación, acecha, a milímetros de hacerse realidad, de sepultarla en el deslave que termina acoplando en un mismo nicho a la virgen con mandinga.

—Debo escapar antes de que...— no halla cómo terminar la frase.

—¿De que te acostumbres? ¿De que no nos tengas miedo?— le parece leer en los ojos amarillos de malicia del mandinga.

Nunca en agosto

Agosto abrasa y vacía la ciudad; el cielo parece hecho del mismo zinc que en los ranchos concentra el calor y obliga a salir para poder respirar. El sol quema casi desde el instante en que asoma hasta su puesta. El día de doce horas tajantes no da tregua, es completamente noche o día, sin gradaciones. Tampoco durante la noche se puede contar con una brisa de aire fresco, la ausencia del astro que abrasa apenas permite abandonar el cobijo entre paredes y aire acondicionado. Ella se pregunta por qué nunca abandona la ciudad hacia las playas, por qué no toma vacaciones normales, como todo el mundo, y siempre se marcha cuando la gente regresa. El calor la embota, hasta las ideas que se le ocurren son pegajosas, lentas, goterones pesados como sudor. Está esperando a que se oculte de una vez el sol para salir a dar una caminata. No, ella no es normal.

Finalmente, se encuentra en el sendero iluminado del parque. No hace footing ni corre ni lleva atuendo deportivo. Busca despejar la mente a ver si en la noche logra concentrarse en la monografía que está escribiendo. Se sienta en un banco, algo de brisa mueve algunas hojas, un soplido de anciano con disnea. Sobre el banco hay un objeto que luce como una piedra de colores, quizás un ópalo. Se lo lleva a los dientes para comprobar si es de piedra, vidrio o plástico. Extrañamente, aunque posee una corteza dura que no se rompió al contacto con sus dientes, se percibe que el interior es acuoso, más bien gelatinoso. La acerca para observarla bajo el farol vecino.

No puede dormir. Todos sus hermanos llevan horas profundos; María, la encargada de cuidarlos, también. Ella no, y está aterrada, sólo se le ocurre pensar en zombies y vampiros. Sus papás han ido al cine. Con sus hermanos y María jugaron y correataron hasta el cansancio. Ella les contó cuentos de aparecidos. Disfrutaban, hasta caer rendidos, de esos ratos de ausencia de los padres –casi siempre malhumorados, peleándose o ignorándose agriamente– que levantan la pesada roca sobre la casa. Sí, es un alivio cuando los padres no están y ellos no sienten el temor del castigo pendiendo sobre sus cabezas. Pero no logra dormir y algo le impide despertar ni a sus hermanos –se habrían mofado– ni a María.

El cine no estaba muy lejos. Aún en pijamas decidió llegar hasta allá y esperarlos a la entrada. A pesar de que el castigo sería terrible, lo prefería al acecho de los zombies y vampiros en la casa. Tal vez la entenderían. Tal vez la perdonarían. Tal vez su madre impediría los golpes. Sentada sobre el capó de un carro, se dispuso a esperar. No deseaba ser descubierta por alguno de los vigilantes. Casi murió del susto cuando un hombre le llegó por la espalda.

–¿Qué haces aquí a esta hora? Son casi las doce. Deberías estar en tu casa. ¿Dónde están tus papás?

–Están en el cine. Los estoy esperando– respondió con un hilito de voz.

–No te asustes, ven. Hace frío. Estás en pijama. Los puedes esperar dentro, tras la cortina, pero no debes asomarte. Es una película de adultos. En un cuarto de hora más o menos termina.

El vigilante le buscó una silla y la ubicó entre el doble cortinaje de la entrada a la sala. Estaba tibio. Por un resquicio del terciopelo vinotinto ella podía mirar retazos de lo que el vigilante le prohibió ver. Un hombre y una mujer desnudos en la cama, parecía que luchaban, una lucha a muerte, el hombre sobre la mujer la asfixiaba, pero ella lo besaba, aunque sus ojos lucían como los –así ella los imaginaba– de un moribundo, y decía *más, más*. No entendía cómo alguien podía disfrutar el castigo, pero a la vez algo que despertaba en ella la hacía entenderlo y la contagiaba de un secreto que la condenaría a la soledad.

En el transporte hacia el colegio se sentó al fondo, no quería compartir el asiento con nadie, ni siquiera con su mejor amiga, Lorena. En realidad su única amiga; juntas padecían el escarnio de las otras. Lorena y ella eran las pobres de la clase. Tanto las monjas como las otras niñas las despreciaban. Pero ese día, ella no merecía ni siquiera la compañía de Lorena. Entre el último rincón del autobús, donde estaba, y los asientos delanteros de las otras se abría una distancia sideral, infranqueable. Supo que nunca sería como las demás, que la noche anterior el pecado, el verdadero, el mortal, no el venial, la había manchado y que, junto a las marcas de los correazos que le propinó el padre, conservaría otra marca más profunda que las compresas de árnica aplicadas por María jamás haría desaparecer. Descubrió que estaba condenada a guardar un secreto que la había arrancado para siempre de la niñez. ¿Cómo mirar a los ojos a sor Teresa que ya desde antes la traspasaba con la mirada? ¿Cómo escapar del Cristo en la capilla del colegio? ¿Cómo confesar un pecado para el que no existen padrenuestros ni avemarías? Su secreto le hizo saber que siempre estaría irrevocablemente sola.

Vuelve a posar con delicadeza el peculiar objeto sobre el banco.

—Ya no debo odiarlos más, están muertos. La muerte es un perdón irrevocable, lo quiera uno o no. El año próximo tomaré vacaciones en agosto, como la gente normal. Volveré cuando el calor haya amainado

Reanuda el paseo con paso ligero. De cuando en cuando se detiene a mirar el hermoso cielo estrellado. El cinturón de Orión la hace evocar los buenos ratos en que su padre les enseñó a distinguir constelaciones, los nombres de muchas estrellas, la luz fija de los planetas.

Sancho

Siempre supo que su destino era el de Sancho, su misión asesinar la fantasía, arrastrar y revolcar en barro los sueños de alto vuelo, cortar alas, guillotinar ideas, derrumbar los rascacielos y rellenar las fosas, cortar piernas, brazos y cabezas que excedieran la angosta y corta cama, imponer la tabla rasa, una verdad mortecina de glaucoma, robar el viento a los molinos, escarbar caries en Dulcinea, sembrar el rebuzno de la duda. Está firmemente convencido de la importancia del rol que le ha tocado en suerte. Desde niño descubrió su destreza en captar a golpe de ojo las flaquezas de los otros, así como su imbatible talento para sacar provecho de tal conocimiento. Aunque “provecho” tal vez no es la palabra acertada: su único beneficio ha sido el mero placer de ver caer los pedestales, hacer flaquear —extinguir, en algunos casos, para siempre—, la fe de otros. Él no posee sueños propios ni grandes esperanzas, y en el fondo envidia a quienes sí los tienen, pero al caer aquéllos, ya no está solo, juntos engruesan el mismo rebaño, dócil, cómodo, seguros tras el escudo de ovejas de inocente vello suave. “Ni frío ni caliente”, podría resumir.

Sabe a ciencia cierta que siempre estará a salvo, cuenta con la mejor apertrechada de todas las defensas: su astuta cobardía. Desconoce el miedo porque nunca ha tanteado sus orillas. A lo lejos huele el peligro, ¿infundado?, igual recula. Reconoce que los territorios más allá del gris pedazo de realidad que su tenacidad le permitió levantar y que mantiene como un laborioso albañil, le están vedados.

Lo acepta. Todo lo acepta, guarecido entre los muros grises donde no penetra ni el frío ni el calor, sólo tibio.

“Como vaya viniendo vamos viendo”, repite cada mañana.

¿Se aburre una oveja?

La foto

—No puedo más. No soporto más— se lamenta. Deja caer el ojo. Da vuelta al periódico, lo enrolla sin mirar y lo echa a la basura, aunque sabe que lo que vio en la foto nunca podrá ser olvidado. En un momento, mientras contemplaba la fotografía, le cruzó por la mente El Cristo Muerto de Mantegna. De inmediato sintió vergüenza, no por el Cristo, sino por el hombre en la última camilla que cierra los distintos planos en que se arruman los cadáveres y que casi roza la perfección pétreo, los colores apagados, la exactitud anatómica, la textura mineral de la pintura del maestro. Quizás la música, se le ocurre.

Escucha el Réquiem de Brahms y con toda su alma lo dedica a los cadáveres plantados ya en su memoria, a sabiendas de que su consuelo no los ampara a ellos. Tampoco alcanzará a las madres, mujeres, padres, hijos y hermanos. A sabiendas, escucha un Réquiem que jamás los podría incluir ni ellos entenderlo. Extranjero. Un canto para otros. Un canto que obliga a imaginar que existen otras muertes, drapeadas, rodeadas de un silencio majestuoso, demoradas, hechas de mármol, cubiertas de flores, de lágrimas estilizadas en cristal, una muerte menos mortal.

La foto: Una docena de cuerpos hacinados en la morgue, algunos sobre el suelo, otros apretujados sobre una camilla. Nadie ha muerto. Esos cuerpos desnudos, los rostros borrosos, no tienen historia. Carecen del alma de un nombre. Toda su biografía parece resumida en las heridas de puñales o de balas, con sangre reseca, en las paredes, sobre el piso sucio. Lucen como desechos, cuesta

imaginar que alguien alguna vez los haya amado, que ellos alguna vez hayan amado y que ante ellos el futuro abrió la ilusión con sus mil pétalos de posibilidades. Algunos parecen cosidos por manos torpes, de prisa, para salir del paso. Violento y breve tránsito. Carne de cañón. Carne de zamuro. Carne algo más desamparada que otra carne. Consumidos, consumados.

Los magistrales escorzos, la perspectiva, la escultura perfecta de los cuerpos se desvanecen, el lienzo se cuartea. Del Réquiem conserva sólo el sonido gutural de las palabras en una lengua extranjera. La belleza también cría sus gusanos, musita.

[Pero esos muertos gritan nuestra muerte; pero esos despojos afirman, sin lugar a dudas, nuestra propia degradación hacia el lugar que nunca alcanzamos a conocer, donde sólo podremos ser vistos, donde el pasado y el futuro se cierran en piedra hermética, sin mayor explicación, el lugar sin lugar para la interpretación. Un país puede ser ya una condena. Vivimos el mismo tiempo que ellos vivieron, respiramos el mismo aire que ellos dejaron, pisamos la misma tierra, somos moribundos de la misma historia. Nosotros, los lectores].

—Tampoco tú, Brahms— El Réquiem no acalla el alarido que retumba en el negro silencio; estruendosa se oye el eco de la risa al fondo de la música. ¿Tras el último borde en que el dolor aún puede llorar, sólo quedará la risa?

El ministro se desternilla a carcajadas cuando el periodista le pregunta sobre la desmesurada saña de la violencia en Caracas. El ministro se ríe como ignorando la presencia del carbono en el aire que respira; la corriente que también a él lo arrastra hacia el mismo río que jamás fue ni será el mismo, pero que esculpe con cadáveres su cauce a lo largo y ancho del país hecho amenaza; en la historia estancada en el punto muerto de la indiferencia. El pecado sin remisión de la yerma indiferencia donde sola crece la urticante carcajada.

Carbono en el ojo

El ojo es cuando deja de ser él. Nuevamente abandonado, ignorado, agoniza en el contenedor de la basura que espera a ser recolectada. No le quedan muchas fuerzas para brillar y atraer. Ha visto mucho, demasiado. Ha sido tan bueno como el mejor y tan malo como el peor; ha descubierto que entre los unos y los otros lo que hay es el mismo abismo compartido. Sabe que nadie está a salvo ni es del todo inocente, que no es posible la neutralidad, sólo la libertad, y ésta forma una maraña donde cada hombre libre está, sin embargo, preso de la libertad de los otros. Los cuerpos hacinados en la morgue, el Réquiem, la pintura de Andrea Mantegna, las risotadas del ministro, los lectores y el fotógrafo completan el cuadro. Las lecciones de Donatello incluyen también al hombre tras el lente que tomó la foto; la muerte de Cristo atraviesa dos mil años hasta la última camilla; la horrorizada sorpresa del primer hombre, *¡A garhi! ¡A garhi!*, persigue a la mujer quien, al ver la fotografía en la primera página del diario, que a su vez se entrevera con la carcajada, lo arroja también a él al cesto junto al periódico y cree cerrar la tapa. Pero la historia no acaba allí, ella lo sabe, él lo sabe. Las lágrimas que ella no encuentra, la música que no la aplaca, su propio cansancio de ver, el odio que en ella repta desde el cadáver en el sucio suelo hasta la encumbrada carcajada del poder, están datados en la historia del carbono.

Aquel pingüino que abandonó la manada hacia la montaña, el Franklin Brito que todos han visto enflaquecer hasta acercarse a la pura idea del alma, el Orlando Zapata

que eligió convertirse en recuerdo, la mujer que no llamó a Emergencias, el poeta timador, las bocas que en Bacon, se devoran El Grito de Munch, la madre abuela, el raído esqueleto del prócer que el tirano somete a toda la nación a figonear, el celador en el museo que navegó a través de la Estigia sólo para arribar a su punto de partida y ser capaz de llorar, el muchacho que vio el cielo todo ocupado por su muerte en la bancarrota del hombre que sería, el arquitecto que sueña con un edificio de preguntas y no de respuestas, la Virgen abrazada por Mandinga, la amiga que contemplando a su amiga irse en el concierto de Brahms reconoció que tampoco la muerte es perfecta y algo se le puede escapar; él mismo, yaciente entre los pestilentes desechos, cansado de un cansancio que le está vedado, todos están prisioneros de la misma libertad y comparten el azaroso quejido del carbono que se sabe hecho de carbono.

En la otra acera

Entre las dos aceras, en el medio, como si en las calzadas hubiera dos ejércitos enemigos cuyo odio más que consignas y banderas empujara fusiles, sobre el pavimento de nadie el ojo suplica ser salvado. A un lado, la gente viste y enarbola banderas de varios colores; en el opuesto, un monolito rojo. En ambos extremos las palabras son precisas y mortales como proyectiles. “Malditos escuálidos”. “Asesinos”. El pabellón tricolor en un bando tiene siete estrellas, en el contrario, ocho. El ojo tiritita inmóvil y solitario, presiente que las marejadas de la ira creciente irremediablemente colisionarán y las dos facciones se fundirán en una única corriente anónima; una misma corriente ciega, sorda, aniquiladora que aplastará todo lo que se interponga. Desde cada acera los unos solamente ven a un otro reducido a fiera; desde cada acera los unos ven a un adversario sin alma que los amenaza y que por fuerza debe morir. Cada uno está blindado en su propio miedo y en su odio. Cada uno es a un tiempo predador y presa. Cada uno, un león convencido de ser cristiano.

La separación se va angostando, el ojo se cierra consciente de que será aplastado. Todos serán uno. Indiferenciadas en la masa amorfa de violencia las banderas cambiarán de mano, las consignas se mezclarán en un rugido indescifrable. Ambos bandos hermanados finalmente entenderán que el invencible odio que los separa también los conecta entrañablemente. El ojo no logra distinguir ningún rostro humano, los rasgos fueron borrados por una mueca idéntica: la boca que enseña colmillos y fauces, presta para la dentellada.

Desde la calzada roja, Norma nota la hermosa piedra. Al mismo tiempo, otra mujer con blusa azul se inclina a recogerla. Sus miradas chocan, ambas se tragan el insulto a flor de labios.

—Eres tú— dicen sorprendidas al unísono.

Al principio caminan hombro con hombro, en silencio. Avanzan rápido para alejarse del disturbio. Evitan mirarse. Norma recuerda los días en el liceo cuando se intercambiaban todo, desde libros y discos hasta la ropa; cuando entre ellas no existían secretos; cuando la vida aún no las había agriado; cuando ninguna imaginó que el futuro las reencontraría de esta manera, convertidas en lo que ahora son.

—No hablemos del presente, Norma— dice su amiga leyéndole el pensamiento como solía treinta años antes— Hoy solamente hablaremos del pasado.

—Sí— asiente Norma, aunque alberga la duda de si el pasado aún permanece intocado o si al hablar hallarán los restos podridos, de si los recuerdos resistirán la censura del presente.

—Tómala, tú la viste primero. Aún nos gustan las piedras raras— dice mientras le alarga el ojo a su amiga.

—La acepto y ahora te la regalo. Tómala.

—No, es tuya. Tú la viste antes.

—Te la vuelvo a regalar. No puedes negarte.

Han retomado el viejo ritual de la adolescencia.

Alejadas por un rato de la Ciudad Prohibida en que se les convirtió el presente, deciden pasar la tarde juntas, toman café, miran vitrinas, descubren gustos todavía compartidos, el amor común por el amor imposible que promete Leonard Cohen y su mutua fidelidad innegociable hacia Bob Dylan. Conversan mucho, con palabras de seda, rodeando las púas, de puntillas sobre el frágil margen de libertad entre las dos aceras.

—¿Por qué?— se atreve a preguntar una.

—Calla. Ambas lo sabemos.

—¿Acaso ya no es posible hablar sin convencer?

—No— corta Norma rotunda, presintiendo el cisma a milímetros en el atisbo de media palabra.

—Es a media palabra donde nos congelamos. Recuerda a Cohen.

—Sí. Pero si completamos la frase, estallamos y nos quemamos.

La amiga tiene la premonitoria revelación de que el fino barniz se derretirá en cualquier momento; de que los ojos volverán a encenderse en llamas, ya se huele el tufo a carne chamuscada; de que la turba afuera sigue creciendo y Norma no hará nada por impedir las pedradas. *Todo ha sido una emboscada*, piensa, aunque insegura.

Corre por su vida, casi desnuda y arañazos como clavos donde la carne quedó desprotegida. Ellos la persiguen, le arrojan piedras, insultos mezclados con escupitajos, algunos portan palos. Apenas logró escapar de la emboscada, pero los tiene a su espalda. La noche es más noche que en una pesadilla, casi todas las bombillas de los faros fueron rotas, algún carro con el que tropieza ha sido desvalijado, los vidrios que tapizan el suelo se le hincan en los pies. De la nada aparece una casa iluminada. Dos ancianos, una mujer y un hombre, sentados en la terraza toman de tazas humeantes. Les pide ayuda. Ellos abren la puerta. Entra. Son extranjeros. Adentro hay mucha gente, parecen de muchas nacionalidades. Uno, con un gorro que la hace pensar que es peruano, la toma de la mano. “Hay que esconderla”, dice en voz alta, mientras la hace ascender por unas escaleras. La casa tiene muchas ventanas. La turba está frente a la casa. Ella los puede ver, ellos también la ven. Hay demasiadas ventanas, demasiado vidrio en la casa. Es cuestión de minutos. Tres hombres se agarran los cojones en gesto de amenaza, sus palabras no las puede distinguir, aunque hablan su idioma. Sus palabras braman. Los dos ancianos bajan, dialogan. No alcanza a escuchar. Ignora si negociarán y ella será entregada. Se ve totalmente desnuda y apaleada, se ve enterrada hasta el cuello. Cierra los ojos. Reza. Los aullidos se acallan, abre los ojos, la turba se ha desvanecido. Es día. La luz traspasa la cortina. El cuarto está helado. Debe alzarse a apagar el aire acondicionado. *No te vi a ti, Norma*, piensa con alegría.

El ojo 4

El ojo fue levantado antes de que los dos enemigos se fundieran en el entrañable abrazo de odio. Está a salvo. En la salvación que es su castigo. De nuevo condenado por su hado a rodar de mano en mano, a nunca hallar reposo. Obligado a mirar, aunque a veces la visión le resulta más aterradora que la posibilidad de la muerte con todos sus infiernos, o la infértil nada. Condenado al incesante movimiento, a la caldera de los vivos, al destierro y la maldición de ser cuando no es y de no ser cuando es él. Cuando enceguece para que otros vean, entonces cobra vida. Un ojo en la absoluta soledad no difiere en nada de la piedra. Nació del desgarró: ahí toda su historia. Cada mirada mientras más lo arranca de su origen, más lo acerca a su principio que es también su fin. Él debe vaciarse para ser llenado, desmembrado está finalmente completo.

Dios también necesita oxígeno

A la memoria de Franklin Brito

El recolector de basura detiene un momento su faena. La imagen del hombre —el torso desnudo, las costillas que lucen como dolorosas pinzas de un cangrejo que devoró cualquier rastro de carne y le cavó una fosa en el abdomen, la cara chupada hasta el hueso donde resaltan los ojos desorbitados, los brazos tiesos como palos— en el papel arrugado capta su atención. Lee: “Murió Franklin Brito tras 166 días en huelga de hambre. Al momento de morir pesaba 35 kilos repartidos en su 1,90 de estatura”. ¿Quién fue Franklin Brito?, pregunta a sus compañeros. Nadie sabe. Arranca la página y desecha el resto. Muchas veces durante la jornada formula la pregunta a mucha gente:

- Estaba loco.
- No era de la oposición.
- Se dejó morir.
- Por unas tierras.
- Fue muy valiente.
- Lo torturaron.
- Quería hacer respetar la Constitución.
- Lo dejaron pudrirse vivo.
- No era simplemente un asunto de tierras, era la ley; no era locura, fue valor.
- Resultado de la autopsia: sepsis.
- ¿Qué significa sepsis?
- Es un término médico para la indiferencia.

El ojo decidió volar, otra vez busca el imposible escape, mirar desde muy alto, desde arriba donde las alas

le permiten imaginar que abajo el mundo cobra sentido y las cosas encajan; que la alegría, la tristeza, el horror, la inocencia, la bondad, la valentía, el sufrimiento, la abyección, el héroe, el villano son matices de una historia más completa escrita por una mano que aunque ajena, es justa; que aunque incomprensible, reúne a sabiendas el amor y la crueldad, y abarca la rozagante rosa con su ínsita enfermedad. El ojo persigue la imposible altura donde las pequeñas historias se borran en la Historia, donde las pequeñas tragedias quizás se abren en sonrisa desde la perspectiva final del Creador. A medida que asciende, el frío lo congela, la ausencia de oxígeno y la inmensurable distancia que lo separa de la tierra le impiden ver los eternos prados del prometido Edén. Su mirada está vacía, descubre sorprendido; la mirada de Dios únicamente habita en el reino de los hombres. Sólo desde abajo se puede mirar a Dios, a su misma altura la fe se torna fraude.

El recolector, con la página aún doblada en el bolsillo, olvidado ya de que la guarda, se aparta para eludir la pedrada que casi lo golpea. Levanta el objeto. El ojo se abre caliente entre sus manos como si estuviera vivo. Caminan juntos, sin prisa. Se detiene a leer la noticia en su bolsillo, busca en la mirada del hombre moribundo y allí encuentra toda la historia: el espantoso frío de la soledad, su lenta agonía, el abandono de todos, pero asimismo una digna tozudez que lo convence de que los héroes no son sombras polvorientas del pasado, de que algún dios existe, de que ese hombre consumido en un saco de huesos habla de una forma de amor que él puede comprender sin entender, de que algo de Franklin Brito en ese mismo instante también le pertenece a él.

—Ahora sí sé quién eres. Todos te dejamos morir, por ciento sesenta y seis días yo también te fui dejando morir.

—Todos lo héroes doblegan el miedo y conocen el desenlace, pero sólo unos pocos vencen también el desenlace— parece escuchar tibiamente de la cosa en su puño.

Autopsia

La maldición del poder es que nunca se sabe dónde acaba el sueño y empieza la realidad. Otra, anula el tiempo. A mayor poder, mayor resistencia al tiempo. Para el poderoso, presente, pasado y futuro se confunden en la eternidad. El poder solamente se percibe así: eterno, imperturbable, inmóvil. Los segundos son grietas mortales. Cada minuto esconde la amenaza del fin. Si se toman en cuenta las horas, se acepta el punto de óxido, la fatiga del metal.

El Comandante duerme mucho, con el dormir llegan los sueños que no obedecen órdenes como los edecanes. Los sueños que no se amedrentan ante listas negras, la cárcel o la ejecución sumaria.

El poderoso es una momia en la pirámide inexpugnable que ya es su tumba. Él lo sabe.

A veces sueña que encuentra un trozo de ámbar muy parecido a un ojo, un ojo que tampoco lo obedece, bajo la almohada. El falso ojo lo obliga a ver cosas, delirios. El pedazo de resina semejante a una pupila lo fuerza a contemplar, sumiso como todo aquel que sueña, en el esqueleto del Libertador un rostro. Enjuto, casi pétreo en su determinación, el rostro de un loco que se dejó morir de hambre. Un loco quien no entendió que su inanición lo engordaba a él; que las huelgas de hambre y la muerte inútil no alteran el aire, no hacen que se cuele el tiempo en el interior de la pirámide donde la eternidad está sellada a cal y canto.

El loco fue el único que no le tuvo miedo, el miedo de todos ante la imponente piedra sin fisuras. Se dejó morir para probarlo. Irrefutable prueba es la muerte.

Cuando ello ocurre, despierta a todos con sus gritos: “No tú, Brito, no puede ser tuya la cara en Simón Bolívar”.

Al despertar de la pesadilla, hurga bajo la almohada. No encuentra el ojo falso para estrellarlo y volverlo añicos.

Pero el escurridizo ojo lo burla, cada noche regresa a revelar el resultado de la autopsia.

Por siempre Armando

Ni siquiera la muerte conserva ya linderos demarcados. El ínfimo, pero definitivo borde que separa la vida de la muerte, el hilillo que abre la puerta sin retorno, el instante borroso pero tajante en que se extingue el soplo y se acaba el tiempo, en la caravana que sigue al difunto desaparece entre el estruendo del vallenato y la espuma de cerveza. Si ellos se vieran, como yo los veo, quizás adivinarían en la espuma que beben un balbuceo de su muerte y de la mía.

El cortejo fúnebre avanza por la avenida. Al frente rueda la carroza, con coronas y una cruz de flores amarillentas sobre el techo, escoltada por motorizados. Un camión, también adornado con flores, la sigue con los altoparlantes que reproducen la música a su máxima potencia. Detrás, autos con los maleteros abiertos donde va algún muchacho cerveza en mano, Pick-ups atiborradas de jóvenes. Las muchachas, con faldas cortas, franelas ceñidas o que muestran el ombligo, alzan vasos descartables o latas mientras intentan danzar sobre el piso movedizo. La espuma rueda. En algunos vidrios traseros se lee: “Por siempre Armando”.

La marcha va dejando una estela de música y violencia que produce escalofrío. No entiende. No encuentra orilla. Pregunta a una vecina. “Así entierran ahora a los hampones. En el cementerio dispararán al aire. Son los Santos Malandros”. Cierra la ventana. *Por siempre Armando*, barruntado con tiza blanca sobre los vidrios, asesta una cuchillada que desparrama el pus de la muerte entre los vivos, y la torna banal, pegajosa como el ritmo vallenato, efervescente como espuma de cerveza.

—También la muerte ha sido expoliada. No hay tiempo para el silencio ni el responso, sólo jolgorio. Si la muerte es menos muerte, la vida es menos vida— piensa en voz alta. Busca en el diario alguna pista.

Armando Martínez, veinticuatro años... muerte cerebral... disparo en el parietal con salida en el occipital... No había respirador en el hospital cuando arribó... Tras varias semanas, los familiares decidieron desconectarlo y donar los órganos... Sus riñones salvaron dos vidas.

¿Qué celebraban los que seguían a la carroza? ¿Apoteosis? ¿Héroe de cuáles hazañas? ¿Victoria sobre qué?

No es tiempo para los silogismos griegos. Cierro el libro, *Forma y evento* de Carlo Diano, que apenas comenzaba a leer. En mi cabeza se enmarañan los riñones salvadores, el jolgorio, el baile insinuante, la cerveza, un infierno que contiene el paraíso, los disparos, la desesperada santidad en la maldad. Infructuosamente, persigo el rostro de tu madre en el cortejo, ¿está llorando? ¿Cómo es el *más allá* hacia donde te conducen? Trato en vano de entender a tu dios en ti, Armando.

Un rayo de luz refractado en algún vidrio me encandila. El vidrio me hace notar que reposa en el regazo de tu madre, refleja su cara, muy envejecida, que no ríe ni llora; un rostro horadado como la piedra bajo una gota de agua milenaria, una gota persistente de un sufrimiento milenario. Vida, muerte, se alternan en su mirada anciana como renacuajos en un charco; entre lodo y agua, nadan y saltan sin ton ni son, equitativamente ajenas y veleidosas, la vida y la muerte.

Ouzo kai mezedes

Despierta con el sabor a ouzo, el gusto de calamares, boquerones fritos, el pepino fresco, los tomates gordos y jugosos, la feta, calabacines y berenjenas rebozadas, el denso aceite de oliva de un verde profundo, las aceitunas brillantes como ojos de muchachos. El sueño la llevó de vuelta a Grecia, a una pequeña taberna frente al mar que justo antes del ocaso se transmutará en vino, pero que en ese momento tiene un azul tan puro como el cielo. Nunca ha visto un cielo más limpio que el cielo griego. *Tó Ouranó, i Thalassa*. En el sueño su mirada se movía entre el mismo azul de agua y de aire. Fue absolutamente feliz, el mundo se abría en amplia sonrisa, ella sonreía con toda su alma, sin sobresaltos. En ese mundo de felicidad tajante, firme, sólido, que no ofrece agujeros para el miedo. En su cabeza se fundían la voz de Homero, *andra moi énnepé Musa polytropon hos malla polla...*, la del mar, los ecos de rebético reptando desde el subsuelo. Estar, simplemente estar; la única amenaza, la agrídulce sensación de estar viva hasta las uñas.

Un anciano se sentó a su lado.

—*Ti kaneis, koritsi mou?*

—Miro. Solamente miro y escucho.

—¿Y sólo por eso sonríes? ¿De dónde eres?

—No me lo recuerdes— la sonrisa apagándose en su cara. —Vengo de un lugar muy, muy lejano, donde todas tus pesadillas se harían realidad. Vengo de un país donde la crueldad se hizo normal; donde la verdad perdió todos sus velos y ya no queda nada qué buscar; donde sólo miramos

lo que el Cíclope, que nunca ve más que a Nadie y jamás al Otro condenado a perecer; donde las sombras insaciables se alimentan de la sangre joven; donde todos susurran, donde nadie escucha; donde nadie mira a la cara; donde todos están presos los unos de los otros; donde los héroes son exhumados para que perdure de ellos la miseria de sus huesos; donde la prosa se devoró la poesía y las crudas fotos de las morgues a la pintura; donde los nombres de las calles fueron borrados; donde Antígona no hallaría tierra para salvar el cuerpo de su hermano de los buitres; donde las balas perdidas poseen la ubicua imprecisión de la lluvia; donde los hombres repiten la súplica de la Sibila, quiero morir, porque estar vivo es efímero anticipo de estar muerto; donde las cárceles son coliseos y los presos, bestia y presa a un mismo tiempo; donde la carne huele a formol; donde el mar arrastra basura, al cielo lo hinca una alambrada y la música se atraganta en llanto.

– Exageras, no existe. Lo que has descrito es el infierno de los poetas. ¿Cómo se llama?

– Esto.

– “Esto” no es un nombre de país.

– Esto es la única palabra que nos queda. Las otras, una por una fueron vaciadas. Las probamos todas, las usamos tanto que sólo les quedó silencio dentro del hollejo y, aunque pronunciadas, ya no dicen nada.

– Pero “Esto” tampoco dice nada.

– Sí, tampoco dice nada. Pero ahorra el inútil esfuerzo de...

– No sigas, por favor, *koritsi mou*. Guardaré silencio para que nunca despiertes. *Ákou, i thalassa! Koíta ton ouranó!*

Desayuna con la cabeza llena de mar y cielo, con la boca llena de palabras extranjeras que sí evocan alguna realidad. Su trozo de pesadilla, Esto, dentro del sueño se desvanece. *Thalassa! Thalassa!*, repite como aquellos griegos huyendo de los persas que divisan en el mar la libertad. *Demokratía, Demokratía*, repite, y de su garganta brota la palabra musculosa, ágil e invencible como un atleta olímpico.

Lo que él no se puede preguntar

¿Quién soy? ¿Qué soy?, son preguntas que Dios no puede hacerse y son las mismas que el ojo tampoco puede hacerse. Esas son interrogantes hechas a imagen y semejanza del hombre, preguntas surgidas entre el barro y el alma. El ojo divaga a medio camino. De Dios lo separa el tiempo; de lo hombres, aunque heridos estos también de tiempo igual que él, el hacer, el chance único de sus acciones. El ojo solamente puede ver lo que ya está, lo que otros eligieron, lo que otros consumaron o dejaron escapar en un si hubiera, imaginado y nunca realizado que aún flota como el fantasma que es la sombra del acto. Porque todo acto arrastra consigo el fantasma de aquello que dejó a un lado. Ninguna idea, ninguna acción, ningún pensamiento, está completo en el reino de los hombres, ni acaba del todo, ni se contiene todo. Lo diverso en el Ojo es su facultad para recoger en lo mirado lo evidente, el hecho consumado, junto a la sombra que lo rodea con todas las astillas descartadas, a medias entre el pasado más remoto o el futuro más postrero, que, aunque evanescentes, pesan tanto como aquello realizado.

Pira

La llevan a la pira. Ella elige caminar por sí sola antes que ser arrastrada. Su destino está escrito, bien si intenta demorarlo con gritos o patadas por un rato, o ir a su encuentro a paso lento pero firme como elige. Mientras camina observa los rostros apiñados, busca en ellos, la mayoría conocidos, alguna mirada de reconocimiento que no recibe. Intenta no pensar en la parsimonia, tras la aparente voracidad del fuego en la leña, más tarde en su carne. *Será una muerte lenta, deberían al menos haber mejorado la técnica.* En la multitud distingue nítidos a su padre, tíos y tías, hermanos, sobrinos, a su hijo mayor, los vecinos de toda una vida, las amigas de la infancia, el primer muchacho que la cortejó, a todos los escruta sin pudor, demoradamente, ninguno la reconoce. Intenta descifrar en ellos la historia de la pira, pero sus miradas le devuelven la inocente indiferencia de la oveja, la ignorancia mansa de la bestia. Le vienen ganas de advertirles pero lo sabe inútil. Ellos no la ven a ella en ella. Ellos solamente saben, así siempre se lo contaron, que la pira está en el centro mismo de la memoria. Es el corazón del pueblo que debe ser periódicamente alimentada. Ellos solamente ignoran, como el cordero antes de ser asado, el origen del fuego. Tampoco importa. Sus caras, de las que esperó alguna señal de despedida, le enseñan los ojos muertos del animal servido en el banquete.

Las muchachas, en realidad sus sobrinas, quienes también la miran con la mirada hueca del animal en

la bandeja, la reciben para entregársela a la pira. Ella simplemente les dice lo único que pronunció en toda la tarde:

—Díganles, para que lo anoten en la historia, que ya es tiempo de que la mejoren, que debería ser mejor el carburante, quizás, hasta algo de anestesia.

Las muchachas, sus sobrinas cuando la veían a ella en ella, ríen. Ella cree escuchar, al momento de apretar los párpados y poner pie en las brasas, las voces o las risas, imposible discernir, fundidas en un sonido prolongado, lastimoso y cómico como un balido.

Biografía de aserrín

Toda biografía está aquejada de una mentira esencial: continuidad. La premisa ilusoria, pero imprescindible, de que los actos se suceden irremediables, como pasos que avanzan desde un punto al siguiente sobre un tiempo liso, sobre un piso donde, de colocarse una bola, ésta permanecería inmóvil porque se suprimió cualquier desnivel defectuoso. La biografía suprime la angustia; aun en la de aquellos personajes más atormentados, jamás puede reproducir la angustia. Cualquier intento por revivirla conlleva el fracaso que dejaría desnuda la mentira que es la base sobre la que se edifica una biografía: el discurrir de los acontecimientos perfectamente trabados desde la cuna hasta la tumba, donde nada se pierde, no existen baches ni atajos, y todo efecto encuentra la horma de su causa. La angustia nace y acaba en el presente que se eterniza en una llaga que no admite ser cerrada ni los antes de o después de. La angustia mata el tiempo y con él toda esperanza. La angustia carece de motivos, es esa carencia lo que la motiva.

Por eso, no es posible intentar contar la historia de El Ojo. No puedo sanar sus incongruencias: ¿Siente o no siente? ¿Compadece? ¿Comprende? ¿Por qué a veces desaparece de la historia y otras la origina? ¿Está vivo o simplemente es un trozo de vidrio que pasivamente refleja a quien lo mira? ¿El ojo sabe algo que yo ignoro? ¿Acaso, como el bisturí, hiere para curar? Si no se puede mirar a sí mismo, ¿cómo puede mirar a otros? ¿Con qué mirada, entonces?

El Ojo no me deja contar su biografía.

“¿Por qué me arrancas de mí mismo?”, reclama.

El Ojo hoy amenazó con borrarse.

El Ojo prometió quitarme la excusa de mi libro.

El Ojo hoy me abandonó. Tras él quedó flotando una nube de aserrín. Tengo el pelo, la cara, mis ojos tapiados de aserrín. El silencio también me lo dejó cubierto de aserrín. Si abro la boca saldrán virutas mezcladas con saliva.

El Ojo no soporta la neutralidad de la pregunta que lo fuerza a admitir la irrealidad de su respuesta. El Ojo está enfermo de su propia vacuidad. El ojo agoniza en su incurable irrealidad. El Ojo me retrata: desinflada, descocida, incapaz de contener el aserrín. El Ojo duele en los bordes de los miles de agujeros retratados, en la miríada lindante con la nada.

Mientras batallo por llenar la página del día con un cuento que no acaba de fraguar, que se disuelve en erráticas volutas —así como el humo del cigarrillo que estoy fumando— que no puedo controlar y simplemente desaparecen en el fino aire que envenenan, entra mi hijo de seis años. Trae en la mano un dibujo en el que además escribió: te amo mamá.

—“Te amo”, lo corrijo, se escribe separado, no son la misma palabra.

—No importa, dice, ¿qué tiene que ver el amor con la geografía?

—Nada, hijo, tienes razón— le contesto.

No tengo derecho a forzar al Ojo a satisfacer preguntas para las cuales tampoco yo tengo la respuesta. Quizás, el error no estriba en la respuesta, el error es la pregunta misma. ¿Quién soy? ¿Qué soy?

Vandalismo íntimo.

Desollamiento cruel e inútil como aquello de “la letra con sangre entra”, o “conócete a ti mismo”.

Despelléjalo. De tirita en tirita, conócelo, arráncale toda la piel, expón las vísceras, que corra la sangre... ¿Llegaste al meollo de la cuestión?

El cuento se esfumó con las volutas del cigarro, algo que no llegó a nacer murió. ¿Qué historia recoge los desechos,

el aserrín, las ideas a medio consumidas, las palabras que asoman la punta y nunca concluimos? ¿Qué biografía soporta la veracidad de tanta ausencia?

Las tres hermanas: Frida

Cada uno en su celda está seguro; cada uno en su celda y no existe peligro de combustión; cada uno en su celda protegido, no hay contagio; cada uno apertrechado tras su nombre, que en su caso lo resume el apellido del *Castillo*, no ofrece resquicio a la pernicioso fantasía ni a la descomposición de los deseos. Se desinfecta las manos, el corolario del laborioso ritual con que inicia y culmina cada uno de sus días. Sus días son exactos; la duración, ocho horas; la rutina, idéntica. Apenas levantada, practica yoga, medita. Eso le da la energía y la serenidad para acometer las tareas que seguirán. Toma el ojo, lo sumerge en agua jabonosa, lo cepilla concienzudamente, lo enjuaga, luego lo baña con cloro diluido y lo coloca sobre gasa estéril. Repite con su rostro, cuello, manos una limpieza similar. Los dientes le llevan un buen rato. Limpia ella, nuevamente frota el ojo con un algodón empapado de alcohol, se lo calza en la frente. Se viste, siempre va de blanco.

Baja las escaleras en dirección a la cocina. “No debes juzgar. No debes juzgar”, musita hipnóticamente mientras desciende. Es uno de los momentos más temidos de su jornada. La criada ha limpiado “lo mejor posible” estufa, baldosas, nevera y mesa en anticipo, pero ella percibe la suciedad disimulada. Aun así, le da los buenos días. Usa el primer par de guantes desechables para abrir la despensa, saca sus cubiertos y vajilla guardados bajo llave. Abre el refrigerador, toma pan de centeno, fruta, leche de soya. Antes de introducir las rebanadas, le pide a la criada que friegue otra vez la tostadora. Ella vigila. Deja que el

pan se dore al máximo. Lava las frutas con cloro diluido, también de nuevo platos, vaso, cubiertos. Desayuna. Sube a cepillarse los dientes y desinfectar sus manos.

“No debes juzgar. No debes juzgar. El ego es una ilusión. Hay que derrotar el ego”, repite mecánicamente cuando se dirige hacia el jardín. Se ha colocado un overol, guantes de jardinería, sombrero, una mascarilla protectora en la nariz. El jardinero aguarda, de nuevo el escueto y fatigante “buenos días”. El hombre trabaja mientras ella lo observa sentada en la silla de hierro bajo el parasol. A veces se levanta, camina algunos pasos, le da alguna orden redundante. Cuando ya no soporta la presencia de las lombrices y otros bichos que imagina en la tierra tocada por el hombre, el sudor que lo empapa y mancha su camisa, regresa a la casa.

Medita un rato. Su respiración disciplinada le provoca una sensación de distancia absoluta, imagina estar en el Himalaya, rozando el cielo, en la paz helada sin humanos ni animales. Tampoco ella se siente humana en la extrema altura. Ha vencido el ego. No juzga. Por un instante los rostros de la criada, del jardinero, de Zoe, su hermana, quien ahora duerme mientras ella usa el ojo, atraviesan el cielo sobre el Himalaya y Frida debe repetir casi con furia “No debes juzgar. Apaga la mente”. Sus negras siluetas, que parecen aves carroñeras, contaminan en ese instante el aire puro, escaso de oxígeno, en la cumbre de la montaña. Pero es sólo un instante, la ausencia de oxígeno los apaga. Ella también se extingue.

Se sienta al piano, usa los guantes de cirujano de los que su otra hermana, Irene, igualmente dormida, le provee cajas, toca alguna pieza difícil con precisión milimétrica.

Sube a ducharse y a desinfectar sus manos. Baja las escaleras hacia la cocina. El refrigerio: tofu, tostadas, fruta, agua. Guarda casa cosa en su lugar. Desecha el último par de guantes del día.

La criada evita mirarla. A pesar de la extrema fragilidad de Frida, ella no deja de sentir algo duro, feroz, algo no humano, aunque tampoco animal, una crueldad gélida y

muy lejana tras su aparente calma. A veces le parece santa, otras, un demonio enjaulado en un gran trozo de hielo.

Antes de dormir, medita. Se sabe victoriosa, aunque se prohíbe admitirlo. Inicia el ritual de escrupulosa limpieza. Desinfecta el ojo para su otra hermana.

Irene

Su lugar es el más difícil, el más ingrato: el medio, entre Frida y Zoe, que es como vivir entre un iceberg y un volcán, con el riesgo permanente de congelarse o de ser quemada viva. Tan poderosas e incontrolables son las fuerzas que las mueven, más peligrosas aún porque ellas no se percatan. Ya se calzó el ojo, pulcro, frío como era de esperarse, tanto que hubo de enjuagarlo con agua corriente para quitarle los residuos de cloro y alcohol que le producen escozor, de la mano de Frida. Inicia su turno. Al revisar la agenda piensa en sus hermanas dormidas. La invade una mezcla de admiración y envidia. Ambas, cada una en su extremo, están perfectamente completas en su destino: Frida, en su faquirismo, presa y segura en el calabozo del ego que batalla por vencer, en su lucha egotista por vencer las “ilusiones”, como las llama, que no son nada distinto a los goces y dolores que vienen juntos con la vida. Zoe, ajena a cualquier noción de disciplina o autocontrol, entregada por completo a ese mundo de ilusiones despreciado por Frida. Puro impulso, puro presente, más vecina al animal y, acaso también, al quimérico nirvana tan trabajosamente perseguido por Frida. En cambio ella, ¿qué?

Tiene una larga lista que cumplir en sus ocho horas. No se puede permitir el lujo de un destino con mayúscula, simplemente roles, tareas. Sobre ella recae el peso de la casa, ella mantiene el escenario donde Frida está a salvo y Zoe encuentra los nutrientes para florecer. Debe ir al banco, ordenar las cuentas, pagar facturas, a los dos empleados, comprar guantes quirúrgicos y desinfectantes, víveres,

vino... Las listas siempre son largas, siempre exceden las ocho horas.

Ella permanece en el justo medio y a veces se imagina como un puente o una grúa. Su tiempo pasa mecánico, su tiempo carece de tiempo para ensoñaciones ni fantasmas. Las hermanas la ven como la intermediaria con la realidad, la que sabe negociar con el mundo allá afuera. Ignoran qué es la inflación, cómo vivir a flote entre las deudas; ellas no saben de la expropiación que pende sobre el caserón y sus jardines. Los fantasmas no saben de dictaduras ni revoluciones. A diferencia de las otras, esta hermana no desea robar un segundo más del turno que le toca. Cuando finalmente va a la cama sólo desea que el sueño la sepulte como una lápida.

Zoe

Todo es un juego. Nada es absolutamente bueno ni malo. La realidad es batracia, la verdad es batracia, somos batracios con sueños de caballo. Nos acuna el agua, vivimos en la firmeza de la tierra, morimos aspirando a conquistar el aire. Soy feliz. “*Como una lombriz*”, se burla Frida. Zoe se alza, toma el ojo. Jamás le cruza por la mente la idea de limpiarlo. No tiene tiempo que perder para permitirse el placer de malgastarlo a su manera. Apenas se coloca el ojo, se acerca a la ventana a ver la luna, no importa que fase transite, el astro siempre está allí, menguada, ausente o plena, ejerciendo su imán sobre la tierra, con esa fuerza humilde, aunque ubicua, de hilos de acero y carne a un tiempo como los de la madre que nutre y guía un hijo, con la amorosa indiferencia del vientre que igual pare al héroe que a la escoria.

Se demora arrellanada en la butaca frente a la ventana, lo que para sus hermanas es pereza. Sus ocho horas carecen de estructura, a ella no le importa. Come, voraz y gozosamente cuando la ataca el hambre, se baña cuando le viene en gana, deambula por el jardín a oscuras, a veces se escapa a un bar vecino. Le gusta escuchar las ranas en la noche, contemplar la morosidad de las babosas en las baldosas del jardín que avanzan con el movimiento de las olas. Cuando hace el amor ella se pega así, con la húmeda morosidad ondulante de una babosa. Felizmente desperdicia el tiempo. Ignorando la inmensidad del universo, su propia insignificancia y brevedad, se adhiere férreamente a su pequeño trozo sobre el suelo rogando

que ningún zapato la aplaste. Croac. Croac, resuena en su cabeza cuando alguien le recuerda el tiempo. Nunca ha entendido el empeño de sus dos hermanas en negar que las ideas también están hechas de nervio y carne, y que con cada caballo perece también la idea del Caballo, que cada rosa marchita la Rosa, que cada hombre mata al Hombre.

“Zoe es la loca de la casa”, asienten unánimes.

El vacío del héroe

Él es más duradero que sus anfitriones, ¿o huéspedes? Ha pasado de mano en mano, ha rodado, lo han pisado, vapuleado o ensalzado; para muchos ha sido piedra; para otros, vidrio o espejo. Ningún golpe ni ninguna alabanza han quebrantado o ablandado su única cualidad: durar. Pero otra cosa es la pregunta durar en qué, durar para qué, o si la duración de la nada es equiparable a aquella de lo que existe. ¿Radica su duración precisamente en su vacío? Quizás él, como el fuego, cobra existencia mientras consume en llamas, forja esculturas de ceniza y devasta. Sin embargo, las preguntas sobre el vacío y su propia permanencia le son extranjeras. Las preguntas quedan para quienes lo tocan, lo miran o lo ignoran. Para la mujer que lo usa como excusa para un libro que, laboriosamente, llena con palabras que luego descubre de aserrín; para los nostálgicos que quisieran empadronarse de una realidad redonda; para los poetas que vanamente intentan restañar un mundo a punto de estallar entre el alarido y el gimoteo, entre la fosa común y la rosa irrealizable.

Ushuaia

La mujer está parada junto a la oficina de Aerolíneas Argentinas, una marea de gente vociferante en la 9 de Julio la separa de Florida. En su mente hay una estepa llena de matas negras, más bien parecen inmensos armadillos ensimismados como rocas sobre el pardo de la tierra azotada por el viento y las heladas; glaciares y pingüinos cuyas voces le recuerdan mugidos, profundos, melancólicos. Al final, Ushuaia, que más que un punto sobre la superficie del planeta casi se reconcentra en puro deseo, casi se estira en palabra que todo lo contiene, palabra originaria, viva, Ushuaia, que ruga como el corazón del glaciar que nunca deja de tronar mientras se desgarrar. El fin del mundo, el sur del sur. Por Ushuaia deberá atravesar nuevamente la multitud en la que el duelo parece transmutar los rostros en caretas ciegas de fiereza. Ella viene huyendo de las hordas en su país, de los sarcófagos donde pareciera que estas tierras, aparte del idioma y el mestizaje, aún comparten un futuro que jamás podrá vivir separado de su siamés, el pasado: horror de circo, un solo corazón, un único hígado, dolor de circo, alegría como látigo de feria. Ella llegó huyendo y encontró los dientes de la víbora emponzoñando su propia cola. Ciega culebra, necia culebra que por no acabar se enrosca y se muerde. Círculo de sangre fría y veneno, de historia repetida. Ella llegó de Venezuela con el nombre Ushuaia clavado entre ceja y ceja, y para comprar los boletos hacia el fin del mundo ha de cruzar dos veces la Estigia. El ojo le indicó la ruta y abandonó su mano. Hubiera querido atraparlo, que la ayudara a cruzar el río de gente. La mano, en el intento, capturó algo de aire, que es como decir nada.

El ojo marca en la frente a un hombre con la bandera albiceleste colgándole de los hombros a la manera de un poncho. El hombre lleva de la mano a un niño. Ellos también vienen de lejos, casi en la frontera con Paraguay. El hombre grita, sus ojos están húmedos de llanto o rabia. En la urna que reposa dentro de la Casa Rosada está lo que hasta hace poco fue la esperanza. Fuerza, Cristina, no se cansa de gritar. El niño está asustado pero el garfio del padre le infunde coraje. La dureza de un coraje cuya costra es milenaria y que, si él pudiera ver los esqueletos fosilizados de los dinosaurios o el meteorito de Salta en el Museo de Ciencias Naturales, si pudiera tocarlos, reconocería en ellos la misma textura de la mano y del rostro de su padre. Pero ellos no han venido a la provincia de Buenos Aires a visitar museos, su padre nunca estuvo en uno. Él quizás tampoco jamás los conocerá.

El ojo rueda, rebota, salta entre pisotones. El ojo enfoca la urna, la procesión. Retrata al hombre tras el vidrio, a la esposa a su lado. Ve desfilar a mandatarios, embajadores, ministros. Sus pasos apenas se escuchan sobre la alfombra. La alfombra es mullida. El poder muchas veces ostenta una suavidad envolvente, apaciguadora, de terciopelo. La alfombra ahoga los gritos. Sobre los gritos de la multitud que vocifera nombres, desde Perón hasta Cristina, flota la alfombra que amortigua el vocerío. Bajo la alfombra el niño con la piedra en el puño, que será el souvenir que portará consigo como único recuerdo real de Buenos Aires, ve a una señora muy bonita, rubia, sonriente, máquinas de coser, un hombre mayor con uniforme militar, banda blanca, con la mano alzada unida a la paloma blanca que parece volar de la mano enguantada de la mujer. El niño reconoce que están en el mismo lugar y casi le parece que también es el mismo momento. Pero ya es crecido, sabe que no es el mismo momento ni el cadáver con la señora a su lado son los mismos. Tampoco el lugar es el mismo, aunque luzca igual. Pero también aprende que ambos episodios son una repetición, que lo que piensan o esperan su padre y todos los otros fuera del palacio rosado, es una plegaria que lleva siglos y, aunque raída por el uso, aún sostiene la alfombra

voladora con su fe. Comprende que esa plegaria nunca encontrará respuesta, pasará de generación en generación como una herencia tatuada en los genes. Imagina que en el museo, a donde no lo llevará su padre, debe haber una inmensa cámara que almacena esas súplicas convertidas ya en piedra antigua. Nunca lo sabrá. Volverá a su pueblo en el mismo autobús que lo trajo.

Bajo la alfombra, van desfilando diapositivas a un ritmo vertiginoso, tanto que casi resulta imposible discernir entre víctimas y verdugos, celdas, mazmorras, una oscuridad producto de la sombra de los hombres, de la crueldad hacinada, no de la ausencia física de luz; escenas de tortura, catacumbas, hombres, mujeres arrancadas violentamente de sus camas o en alguna acera, niños acunados en los vientres de los que también serán arrancados, otros ya nacidos entregados a los asesinos de sus padres, mujeres que dan vueltas en círculo con pañuelos cubriéndoles la cabeza en la plaza, basurales, hombres y mujeres arrojados desde aviones como fardos. *Los desaparecidos, desaparecidos son*, afirma con orgullo un general. La frase hace eco hasta lo más profundo del último calabozo, hasta el fondo del océano. *Perón o muerte*, replican los montes de Tucumán. Aramburu y Diana Irene, la masacre de Ezeiza, los estúpidos imberbes, a quienes antes el mismo caudillo ensalzó como maravillosa juventud, los de Lucha y vuelve. Siempre volver, siempre el caudillo cambiando sin cambiar, gatopardos, siempre volver a la urna donde reposa el futuro sepultado como pasado. Hombres nuevos que nacieron ancianos. Quebrados, doblados o pastillas de cianuro. El cadáver de las manos donde quiso volar una paloma, robado, luego devuelto. Figura de cera. Ópera, *No llores por mí, Argentina*.

La plegaria sostiene la alfombra de seda que levita sobre los sótanos y las bóvedas bancarias, la alfombra que ensordece los gritos, que oculta los huecos negros bajo los pies, el rescate de los Born escurridizo como las fortunas del Turco o del muerto venerado hoy en el palacio. Los infinitos huecos negros por donde desaparecen hombres y manchan la memoria como aquellas matas negras que recuerdan ensimismados armadillos en la Patagonia.

La mujer cruzó hasta Florida. La gente camina de prisa o mira vitrinas o entrega volantes o cambia divisas. En Florida la gente va, viene, no habla del hombre en la urna ni de la viuda. Anocheció. El ruido es otro, tango y comida. Souvenirs. Un cartonero topa el ojo. No es cartón, lo arroja.

María de los Ángeles nació en Ushuaia, el fin del mundo, y sueña con arribar al principio del mundo o el medio del mundo, dar la vuelta al planeta, contemplarlo desde lo alto, ancho, mullido bajo las nubes, ver todos los paisajes, la gente en esos paisajes, las lenguas que hablan esos paisajes. Estudia para azafata. Recoge la bola de cristal desechada por el cartonero. María de los Ángeles limpia con una toalla húmeda el ojo que rodó por la 9 de Julio, el ojo que ha visto tanto de lo mismo; sabe que está cansado, tan lleno de puntos negros que ya apenas ve, por eso lo lava, lo quiere cristalino, lo necesita limpio para imaginarse un futuro distinto al que dejará atrás, sepultado en el fondo del mar o en un sótano, atado irremediamente a la pesada roca del pasado, desaparecido porque desaparecido es y no porque lo decretó un general.

María de los Ángeles está sentada en el rincón donde no es posible verla desde la entrada. Es el acuerdo con su prima que trabaja en el hotel. Si el dueño, un taiwanés, entra al comedor, no notará su presencia. Allí desayuna cada vez que viene a Buenos Aires, del buffet ofrecido cada mañana a los huéspedes del Suipacha Inn. Siempre lo mismo: medialunas, pan, manteca, mermelada, té, café, jugo. Le gusta esa esquina que a la vez le permite no ser vista y observar a sus anchas a los viajeros, ama esa palabra, y el jardín de influencia japonesa cuidado por la esposa del dueño, así como los pequeños floreros sobre las mesas, simples cilindros, adornados siempre con alguna flor fresca, una rama seca o un trozo de tallo y algo de follaje cortados del jardín al fondo. Se imagina ser también ella una de esos viajeros, parte de la masa que se mueve por el planeta, flotando, sin tiempo suficiente para dolorosas raíces o el aburrimiento, siempre enfrentados a lo nuevo, siempre en el futuro.

Una señora sentada en la esquina opuesta a la suya la observa. Ella cae en cuenta y se siente descubierta. Pero la señora no la está mirando a ella, sino al vidrio que el niño perdió en el trasiego de la manifestación en la 9 de Julio, que el cartonero desechó y que ella ha colocado junto a la taza de café.

La mujer rememora la víspera, la cena con los poetas argentinos. Los mismos lugares comunes: izquierda, derecha, el imperio. La misma historia petrificada. Ella trató de explicarles: en su país la revolución que ellos ensalzan es una dictadura difusa, posee ubicuidad de algodón, pero ese algodón está mojado en sangre; el héroe lleva once años en el poder, todos están igualmente presos en una cárcel casi etérea, pero cárcel. Ellos pedían cifras, la interrogaban sobre los desaparecidos, ella sólo podía hablar en un lenguaje que para ellos era obtuso, pingüinos que abandonan la manada, el granjero que se deja morir de hambre, la morgue de Mantegna, las facturas que debe preservar para justificar al regreso cómo usó cada centavo durante el viaje, la amenaza constante que pende sobre las almas: exprópiase, exprópiase el aire, les cortaré la lengua o los meñiques, soplen, inflen el globo de la revolución. ¿Cómo describir un horror batracio? ¿Cómo asir una dictadura hinchada de palabras que cada día cambian de significado? ¿Cómo explicarles a los poetas, que la miran desde lo alto de una realidad de pura metáfora, que el lenguaje puede ser juzgado y condenado a treinta años de prisión en juicio sumario? ¿Cómo ponerle adjetivos precisos a la sensación de que entre ellos se alza un alambre de púas que no pueden sortear, ni ellos ni ella, cada uno en su trinchera, incapaces de reconocer la humanidad en el otro, y que la palabra “humanidad” misma que ha usado suena falsa? La mujer no mira nada, en realidad no ha notado el ojo. Simplemente recuerda. La mujer está recordando que debe continuar hacia Ushuaia, que cuenta con unas semanas para olvidar, que la pregonada libertad a veces se reduce a la posibilidad de olvidar, de no ver, de no saber. Le vienen ganas de desollarse los ojos, que entren los nuevos paisajes, que entren callados. La inmensa Patagonia sin

imágenes, ajena a cualquier historia. Tiene el palpito de que los pingüinos sí entenderán, de que entre ellos estaría menos sola, en la inmensa indiferencia de la Patagonia.

La muchacha se marchó. La mirada fija de la señora la espantó. Tuvo el presentimiento de que sabía cosas que ella no desea saber, de que venía del pasado donde acaba el mundo, donde el futuro está siendo torturado y desaparecerá en algún océano donde los gritos viajan hacia dentro.

La señora desde la mesa la ve salir y le desea la mejor de las suertes.

ÍNDICE

1. El ojo	9
2. ¿Es esto amor?	10
3. Bancarrota	12
4. Grieta	14
5. Tierna traición	16
6. Allison	18
7. El peso del alma	21
8. Tristeza literaria	23
9. Rezo a la luna	24
10. La lista	26
11. Los vecinos	31
12. La vejez nos hace invisibles	33
13. Tampoco la muerte es perfecta	35
14. El ámbar del miedo	38
15. Perogrullada	40
16. Ni-Ni	42
17. El suicidio del pingüino	43
18. Dictadura	45
19. ¿Dios todavía es bueno?	46
20. Esa cosa con plumas	47
21. La maga	48
22. Sala de espera	50
23. Apartheid	52
24. Francis Bacon	54
25. El ojo 2	56
26. El paso de la laguna Estigia	57
27. Guachupina	60
28. Exhumación	62
29. ¡Qué no quiero verla!	63
30. El general que leía poemas	64
31. El ojo 3	66
32. Realidad total	67
33. Chichiriviche	69
34. Nunca en agosto	72

35. Sancho	75
36. La foto	77
37. Carbono en el ojo	80
38. En la otra acera	82
39. El ojo 4	85
40. Dios también necesita oxígeno	86
41. Autopsia	88
42. Por siempre Armando	90
43. <i>Ouzo kai mezedes</i>	92
44. Lo que él no se puede preguntar	93
45. Pira	94
46. Las tres hermanas: Frida	100
48. Irene	103
49. Zoe	105
50. El vacío del héroe	107
51. Ushuaia	108

